

# LA POLÍTICA EXTERIOR DE RUSIA EN ORIENTE MEDIO: SU INTERVENCIÓN EN SIRIA

## *RUSSIAN FOREIGN POLICY IN MIDDLE EAST AND ITS MILITARY INTERVENTION IN SYRIA*

**José Abu-Tarbush\* y Javier Granados\*\***

SUMARIO: I. INTRODUCCIÓN. II. POSGUERRA FRÍA Y RECONVERSIÓN DE LA POLÍTICA EXTERIOR DE RUSIA EN ORIENTE MEDIO. III. LA REACCIÓN DE MOSCÚ ANTE LA PRIMAVERA ÁRABE. IV. RUSIA Y LA PRIMAVERA ÁRABE EN SIRIA. V. A MODO DE CONCLUSIÓN: ¿POR QUÉ INTERVIENE RUSIA EN SIRIA?

RESUMEN: La intervención militar de Rusia en Siria a partir de septiembre de 2015 señala un indudable punto de inflexión en la trayectoria de su política exterior desde inicios de la posguerra fría, cuando heredó el legado estatal de la desaparecida Unión Soviética. Más allá de sus intereses inmediatos en Siria (bases militares, explotación energética y alianzas regionales) e incluso en Oriente Próximo y Medio, Moscú posee unas metas más ambiciosas que apuntan al sistema internacional. Esto es, hacia la reconfiguración de la estructura del poder mundial desde el superado momento unipolar, posterior al fin de la Guerra Fría y a la propia implosión soviética, hacia otro multipolar. Una Rusia más segura, fuerte y asertiva busca reafirmar su condición de gran potencia mundial y, al mismo tiempo, contener e incluso erosionar el predominio geoestratégico estadounidense. Los fracasos de las políticas intervencionistas de cambio de régimen en Afganistán (2001), Irak (2003) y Libia (2011) contribuyeron a una mayor cautela de Washington en Siria, que fue interpretada como una debilidad y retroceso del poder e influencia de Estados Unidos en la región. Semejante vacío fue aprovechado por la iniciativa diplomática y acción militar de Rusia para mantener y reforzar sus bazas geoestratégicas en ese escenario regional. El regreso de Rusia a Oriente Medio introduce un nuevo equilibrio de poder en la rivalidad regional entre las grandes potencias sin comprometer ni alterar sustancialmente el orden tradicional; por el contrario, a semejanza de dichas potencias, Moscú también apuesta por el actual *statu quo* y refuerzo del autoritarismo.

*ABSTRACT: Russia's military intervention in Syria since september 2015 marks a turning point in its foreign policy after the fall of the Soviet Union in 1991. Russia has in Syria and in the whole region several interests, like the control of military bases, energy projects and regional alliances. However, Moscow pursued also other objectives which are capital to its global strategy. Russian authorities aim to change the structure of the International System toward a multipolar order in which it wants to be considered as a great power and, at the same time, to decrease American power in the region. Moscow has seen USA's failure trying to change authoritarian regimes in Afganistan (2001), Irak (2003) or Libia (2011), as an*

---

Fecha de recepción del original: 27 de octubre de 2017. Fecha de aceptación de la versión final: 11 de marzo de 2018.

\* Profesor titular de Sociología en la Universidad de La Laguna, email: josabu@ull.edu.es

\*\* Doctor en Ciencias de la Información con especialidad en Relaciones Internacionales y periodista de internacional en la Radio Televisión Canaria (RTVC), email: jgranados2@gmail.com

*opportunity to achieve those goals. This Russian strategy has introduced a new balance of power in the Middle East, although it has not change the traditional order of the region or revised the existing order. Moscow seeks to preserve the status quo and reinforce authoritarianism.*

PALABRAS CLAVE: Rusia, Estados Unidos, Conflicto sirio, Revueltas árabes, Política exterior, Poder y Potencia mundial.

KEY WORDS: *Russia, United States, Syrian conflict, Arab revolutions, Foreign policy, Power and World Power.*

## I. INTRODUCCIÓN

Rusia no es la Unión Soviética, pero actúa –aparentemente– en ocasiones como si lo fuera. Su política exterior en Oriente Próximo parece recordar más la superpotencia que fue que a la gran potencia que actualmente es. Su intervención en Siria es el caso que mejor ilustra este comportamiento. Incluso señala un punto de inflexión en la medida en que rebasa algunos de los límites fijados en su trayectoria en la región. De hecho, cabe recordar, el Ejército soviético jamás protagonizó una campaña de bombardeos semejante sobre un país de Oriente Próximo y Medio. La única excepción a esta regla fue durante la invasión y ocupación de Afganistán iniciada a finales de 1979.

Incluso entonces su comportamiento fue considerado más como una anomalía que como una regularidad, debido principalmente a que Moscú percibió algunos cambios políticos en su entorno más cercano como una amenaza a su seguridad nacional. Desde la óptica soviética, la fundamentación de esa amenaza descansaba en varios hechos y acontecimientos. Primero, el temor a perder un régimen aliado al otro lado de sus fronteras hizo de Afganistán un país clave debido, precisamente, a su ubicación limítrofe a las antiguas repúblicas soviéticas de Asia central, con poblaciones de mayoría musulmana. Segundo, el triunfo de la revolución iraní en ese mismo contexto regional – a principios de 1979– adquirió muy pronto una deriva marcadamente islamista y alarmó a otros regímenes de la región, además del soviético. En particular, se temía un contagio –y exportación– de la revolución iraní entre las minorías de obediencia chií tanto en Asia central como en el Golfo árabe-pérsico: en Irak constituía la mayoría de la población con cerca del 60 por ciento. Por último, tercero, las relaciones interestatales en el ámbito mundial estaban inmersas en una confrontación bipolar que se recrudecían en lo que se conoció como la Segunda Guerra Fría. Su configuración como un juego de *suma cero* significaba que las ganancias de un actor equivalían a las pérdidas de otro. En esta tesitura, la Unión Soviética había sido excluida de los denominados Acuerdos de Camp David (1978) y del Tratado de Paz entre Egipto e Israel (1979), apadrinados por Washington que, de esta forma, reducía y marginaba el papel de Moscú en la región; y donde había perdido a su principal aliado, Egipto, que a partir de 1972 comenzó a

deslizarse paulatinamente hacia Estados Unidos con la consiguiente expulsión de los asesores militares soviéticos del país, cuya cifra oscilaba en torno a unos 20.000 en 1974<sup>1</sup>.

En esta dinámica, de confrontación política e ideológica, el factor religioso en el mundo islámico era objeto de una creciente instrumentalización política en clave interna y externa. En el ámbito interno se produjo un doble proceso de reislamización: uno, del Estado árabe para relegitimar unos regímenes en abierta crisis de legitimidad; y dos, de sus respectivas sociedades para contener a las fuerzas del cambio social articuladas por tendencias nacionalistas, progresistas y de izquierdas, al mismo tiempo que se alentaba las opciones más retardatarias y partidarias de preservar el orden social tradicional<sup>2</sup>. A su vez, en el ámbito externo, la denominada *guerra fría árabe*<sup>3</sup> se extendió e implicó a otros regímenes no árabes del subsistema internacional de Oriente Medio como Turquía, Irán, Israel, Pakistán y Afganistán. Así se puso de manifiesto en el decisivo apoyo occidental a los muyahidines afganos frente al –entonces catalogado por Ronald Reagan– “Imperio del mal”.

Sin embargo, ninguna de estas tres citadas circunstancias parece contemplarse en el contexto actual para explicar, de manera convincente, la intervención rusa en Siria como en su momento se argumentó la soviética en Afganistán. Uno, porque Siria carece de fronteras con Rusia e incluso con los países de su tradicional área de influencia o espacio postsoviético, configurado por el Báltico, el Cáucaso sur y Asia central. Dos, porque no se asiste a una revolución de corte islamista con la proyección de la registrada en Irán, que entonces compartía fronteras con la Unión Soviética. Y, tres, porque tampoco se reproduce el panorama mundial de confrontación bipolar de la Guerra Fría.

No obstante, dicho esto, y sin necesidad de forzar ciertos paralelismos, pueden advertirse algunas similitudes, pese a las obvias diferencias espaciales y temporales. En primer lugar, a diferencia de Afganistán, la ubicación geopolítica de Siria no parece ser un argumento fuerte que explique la intervención rusa, más allá de algunas bazas geoestratégicas como la base naval en Tartus y la aérea en Latakia, unido a los acuerdos de 2013 que conceden a Rusia los derechos de prospección y explotación de gas y petróleo durante los próximos 25 años. Si bien no es menos cierto que se trata del único régimen aliado que conserva Moscú en toda la región. Vínculo que se vio reforzado tras la pérdida de la Libia de Gadafi en 2011, con relaciones menos estrechas y firmes que las tradicionalmente mantenidas con Damasco.

En segundo lugar, las revueltas árabes de 2010-2011 eran objeto de una creciente inquietud en Moscú, sobre todo cuando afectaron a países aliados como Libia y, luego,

---

<sup>1</sup> Sobre la conexión entre el retroceso político y diplomático soviético en Oriente Próximo y su intervención en Afganistán, véase POWASKI, R. E., *La guerra fría. Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*, Crítica, Barcelona, 2000, pp. 266-269.

<sup>2</sup> Sobre ambos procesos véase, MARTÍN MUÑOZ, G., *El Estado árabe. Crisis de legitimidad y contestación islamista*, Bellaterra, Barcelona, 1999; y AYUBI, N. N., *Política y sociedad en Oriente Próximo. La hipertrofia del Estado árabe*, Bellaterra, Barcelona, 2000.

<sup>3</sup> KERR, M. H., *The Arab Cold War. Gamel Abd al-Nasr and his Rivals, 1958-1970*, 3ª edición, London, Oxford University Press, 1971.

Siria. Lejos del trascendental carácter islamista que adquirió la revolución iraní de 1979, sus demandas eran antiautoritarias y prodemocráticas. Pero Moscú recelaba igualmente de ambos aspectos tanto por consideraciones internas como externas. En un caso porque coincidían parcialmente en el tiempo con las protestas por los resultados de las elecciones legislativas rusas, que ganó el partido de Putin acusado de pucherazo por la oposición. Y en el otro porque temía que la sucesión de rápidos cambios políticos en el mundo árabe podía beneficiar a las fuerzas islamistas radicales o, peor aún, a los grupos yihadistas que aprovecharían el clima de incertidumbre e inestabilidad para sembrar la violencia terrorista y el caos con objeto de hacerse con el poder. Todo ello, además, en un entorno muy sensible y con previsibles repercusiones en las contiguas repúblicas exsoviéticas de Asia central; y, en particular, en el interior de la propia Rusia, con presencia de grupos yihadistas en algunas regiones del Cáucaso norte con los que las autoridades rusas mantienen un continuado enfrentamiento desde la desmembración soviética<sup>4</sup>. En 2015, el yihadismo checheno, bajo el paraguas del llamado Emirato del Cáucaso, juró lealtad al autodenominado Estado Islámico o Dáesh, por sus siglas en árabe<sup>5</sup>.

Por último, en tercer lugar, Moscú también recelaba de la política exterior de Estados Unidos en Oriente Medio, en concreto, de su promoción de la democracia<sup>6</sup>, que recordaba las *revoluciones de colores* en el espacio postsoviético. Por el contrario, desde la concepción de la “democracia soberana”, que reivindica las especificidades de cada país o región y, por consiguiente, distintas de las democracias occidentales, el Kremlin desconfía de la política estadounidense. Considera que propiciar o forzar cambios en entornos adversos a la implantación de la democracia liberal u occidental sólo contribuye a incrementar los riesgos de un panorama sombrío, de mayor incertidumbre, inestabilidad, crisis, conflictos violentos y Estados fallidos. El ejemplo más elocuente fue la aventura de la administración neoconservadora estadounidense en Irak, con el desmantelamiento de su Estado y el consiguiente vacío político que sólo contribuyó a retroalimentar el caos y a los grupos terroristas de obediencia yihadista<sup>7</sup>.

Del mismo modo, Rusia también participa de una concepción clásica o moderna, según la terminología de Robert COOPER<sup>8</sup>, de la soberanía nacional, que no admite la injerencia exterior en los asuntos internos de los Estados. En consecuencia, tampoco es partidaria

---

<sup>4</sup> Véase INTERNATIONAL CRISIS GROUP, “The North Caucasus Insurgency and Syria: An Exported Jihad?”, *Europe Report*, n° 238, 16 March 2016, disponible en <https://www.crisisgroup.org/europe-central-asia/caucasus/north-caucasus/north-caucasus-insurgency-and-syria-exported-jihad>

<sup>5</sup> Véase ROJAS, N., “Isis in Russia: Chechen jihadi group pledges allegiance to Islamic State”, *International Business Times*, 23 June 2015, disponible en <http://www.ibtimes.co.uk/isis-europe-chechen-jihadi-group-pledges-allegiance-islamic-state-1507439>

<sup>6</sup> Véase COX, M., IKENBERRY, G. J., e INOGUCHI, T. (eds.), *American Democracy Promotion: Impulses, Strategies, and Impacts*, Oxford University Press, Oxford, 2000; y DALACOURA, K., “US Foreign Policy and Democracy Promotion in the Middle East: Theoretical Perspectives and Policy Recommendations”, *Ortodogu Etütleri*, vol. 2, n° 3, 2010, pp. 57-76.

<sup>7</sup> Así lo reconoce incluso quien fuera subdirector de la CIA, Michael MORELL, al afirmar que “(...) la guerra de Iraq apoyó la narrativa de Al Qaeda y ayudó a difundir la ideología del grupo, una consecuencia no bien entendida antes de la guerra”. Véase Michael MORELL, M., y HARLOW, B., *La gran guerra de nuestro tiempo. La guerra contra el terror contada desde dentro de la CIA, de Al Qaeda a ISIS*, Crítica, Barcelona, 2016, p. 94.

<sup>8</sup> COOPER, R., *The post-modern state and World Order*, 2ª edición, DEMOS, London, 2000.

del “derecho a proteger” o, en su nombre, de las denominadas “intervenciones humanitarias”. En suma, Moscú considera que tanto la promoción de la democracia como las intervenciones humanitarias son argucias para injerirse en los asuntos internos de otros Estados. Su objetivo no es otro que erosionar y cambiar los regímenes adversos o contrarios a las directrices políticas estadounidenses con objeto de expandir su influencia exterior –y hegemonía– en un mundo en el que se mantiene una obvia rivalidad entre las grandes potencias, aunque haya quedado atrás la Guerra Fría que enfrentaba a Washington y Moscú.

Sobre estos tres ejes de la política internacional, nacional y regional –o local– cabe abordar la explicación e interpretación –no justificación– de la intervención de Rusia en Siria. La hipótesis de partida es que semejante acción, fuera de su entorno más inmediato y área de tradicional influencia, responde no sólo a los intereses que puede poseer Rusia en Siria, sino también a lo que representaría una intervención de Estados Unidos o de la OTAN en Siria –y su consecuente pérdida para Moscú– en la constante reconfiguración del orden mundial de la posguerra fría. Periodo que, cabe recordar, no ha estado exento del pulso entre la apuesta por una nueva hegemonía estadounidense para el siglo XXI y la emergencia de un nuevo equilibrio de poder de carácter multipolar.

Con el propósito de abordar esta compleja temática, se esboza en el siguiente epígrafe la reconfiguración de la política exterior rusa en Oriente Medio durante la posguerra fría, después de una breve referencia a la predecesora trayectoria soviética en la región. En esta misma dirección, en el tercer apartado, se analiza la desigual reacción de Moscú ante las revueltas árabes; y, en el cuarto, su respuesta al estallido de las protestas y consiguiente conflicto armado en Siria. Finalmente, en el último apartado, y a modo de conclusión, se diserta sobre las razones que llevaron a Rusia a rebasar una línea de actuación que establece un nuevo punto de inflexión tanto en su política exterior en la región como en la competición entre las grandes potencias en el sistema internacional.

## **II. POSGUERRA FRÍA Y RECONVERSIÓN DE LA POLÍTICA EXTERIOR RUSA EN ORIENTE MEDIO**

En comparación con Estados Unidos, la Unión Soviética siempre tuvo un papel mucho más limitado en Oriente Medio. Ambas superpotencias sólo reemplazaron a las decimonónicas potencias coloniales europeas en la región a partir de la Segunda Guerra Mundial. Previamente su influencia era inexistente, pues Francia y Gran Bretaña dominaron buena parte de este área durante el periodo de entreguerras que, a su vez, estuvo dominada por el Imperio otomano desde inicios del siglo XVI hasta principios del XX.

No obstante, la Rusia zarista no era ajena al interés de las grandes potencias europeas por repartirse los territorios del tambaleante Imperio otomano. De hecho, junto con Francia y Gran Bretaña, había participado en los acuerdos secretos *Sykes-Picot* (1916) sobre ese futuro reparto territorial de los dominios otomanos en Oriente Próximo. Pero la revolución bolchevique abortó su participación y denunció las artimañas de la diplomacia

secreta. Del mismo modo que otras potencias occidentales, Rusia también remitió misiones cristianas –ortodoxas– a la región con objeto de articularse como protectora de la minoría cristiana –en particular, de la armenia– y ejercer algún tipo de influencia. Otra relación temprana se debió a los desplazamientos de algunas poblaciones de origen musulmán del Cáucaso y los Balcanes, que se refugiaron en distintos países de Oriente Próximo, donde han mantenido desde entonces una significativa presencia<sup>9</sup>.

Por su pertenencia a la misma masa euroasiática y cercanía, parecía que la Unión Soviética estaba situada más ventajosamente que Estados Unidos para ejercer una mayor presencia e influencia en Oriente Medio. Incluso compartía fronteras con su flanco no árabe al ser limítrofe con Turquía e Irán. Sin embargo, fue Washington el que ejerció el predominio geoestratégico en la región a lo largo de la Guerra Fría. Si el alto interés geoestratégico, derivado fundamentalmente de sus ingentes recursos energéticos, no pasaba desapercibido para ninguna potencia mundial, en el caso de Moscú se sumaba otra consideración: mantener alejadas a las potencias occidentales de sus fronteras y establecer un perímetro de seguridad en la zona limítrofe con Oriente Medio.

Pese a la magnificada amenaza soviética en la guerra psicológica y de propaganda de la época, lo cierto es que Moscú era consciente de sus limitaciones en la región. De hecho, buscaba contrapesar a Estados Unidos sin arriesgarse ni llegar a ninguna confrontación. A caballo de la controversia bipolar y el conflicto árabe-israelí, la Unión Soviética adquirió cierta presencia e intentó jugar algunas bazas geoestratégicas. Su objetivo era compartir el orden regional y que su posición fuera tomada en consideración como un elemento de moderación, intermediación y resolución de las crisis y conflictos regionales; además de ver respetados y preservados sus intereses en una zona tan cercana e incluso fronteriza.

La división política e ideológica de la era bipolar tuvo su correspondiente correlato regional en la mencionada *guerra fría árabe*, que dejó su sistema interestatal bifurcado entre monarquías conservadoras y reaccionarias, de un lado, y repúblicas nacionalistas de corte progresistas o socializantes, de otro. Este periodo, durante buena parte de la década de los cincuenta y los sesenta, entre la guerra de Suez en 1956 y la de Junio o Seis Días en 1967, fue el de mayor presencia e influencia soviética en la región. Pese a ello, siempre fue significativamente inferior a la estadounidense, pues carecía de sus apreciados recursos materiales, tecnológicos y económicos, también de su mayor receptividad cultural e ideológica en la región.

La principal aportación de la Unión Soviética fue contrapesar a la superpotencia rival y dotar de apoyo armamentístico a sus aliados con objeto de lograr un equilibrio de poder más favorable. El vínculo político e ideológico que estableció en Oriente Medio no fue canalizado por las fuerzas comunistas locales –por lo general, bastante limitadas o débiles–, sino mediante la alianza con los regímenes y movimientos nacionalistas. De manera que su suerte corrió en paralelo al auge y declive de la experiencia nacionalista

---

<sup>9</sup> Véase CHATTY, D., *Displacement and Dispossession in the Modern Middle East*, Cambridge University Press, 2010, pp. 91-133.

panárabe. Entre la derrota árabe de 1967 y la guerra de octubre de 1973, pareció cerrarse el ciclo político del nacionalismo en el subsistema internacional árabe; además de producirse un desplazamiento en su epicentro del poder.

En esta dinámica, se produjo el giro estratégico de Egipto, que reemplazó gradualmente la alianza con la Unión Soviética por la de Estados Unidos a lo largo de la década de los setenta. Moscú perdía, así, a su más estrecho e importante aliado en la región. Era sólo el principio de una sucesión de acontecimientos que llevaría a la marginación de la Unión Soviética en Oriente Medio: fue excluida de los acuerdos de Camp David (1978) y del Tratado de Paz entre Egipto e Israel (1979); la revolución iraní (1979) privó a Washington de un importante aliado regional, pero no supuso una ganancia para Moscú, sino otra fuente de inquietud por su proximidad a las repúblicas soviéticas de mayorías musulmanas; la invasión y ocupación soviética de Afganistán (1979) sólo contribuyó a esa marginación regional, con la creciente enemistad de los regímenes más reaccionarios que, alineados bajo la órbita estadounidense en su cruzada contra el “Imperio del mal”, sufragaron buena parte de la resistencia afgana; y las relaciones con Bagdad se deterioraron a finales de los setenta con un creciente distanciamiento de Moscú y un paulatino acercamiento a las monarquías del Golfo y a los países occidentales como Francia, en particular, durante la guerra con Irán (1980-1988). En suma, en esta nueva coyuntura regional, el único aliado importante que le quedaba a Moscú en la región era Siria. De hecho, la alianza con Damasco sobrevivió al periodo de la Guerra Fría y, también, a la propia extinción de la Unión Soviética, prolongándose hasta la actualidad.

La desaparición de la Unión Soviética había dejado a Rusia sumida en una profunda crisis social, económica y política que afectó a su proyección exterior. Su presencia e influencia internacional disminuyó de manera considerable. La prioridad para los nuevos dirigentes rusos residía más en el interior que en el exterior. Pese a que todavía retenía un fuerte poderío nuclear, Rusia vio declinar su poder y la condición de superpotencia adquirida por la Unión Soviética tras la Segunda Guerra Mundial; además de renunciar a competir con Estados Unidos por el predominio del sistema internacional como había sucedido durante la Guerra Fría. En consecuencia, Rusia se adaptaba a la nueva configuración de la estructura de poder del sistema internacional, con su acercamiento a Occidente y disposición a cooperar en los grandes asuntos mundiales. La nueva política exterior distaba sustancialmente de la mantenida por la Unión Soviética, fuertemente ideologizada y con una apuesta global que, dependiendo de la perspectiva, poseía rasgos imperiales o contrahegemónicos. Arrancaba, así, una nueva era en la historia de Rusia.

Después de una significativa ausencia tras el fin de la Guerra Fría, la acción exterior rusa se terminó extendiendo a Oriente Medio bajo las nuevas coordenadas de las presidencias de Yeltsin y, en particular, de Putin. Las razones de este nuevo interés por un área que, en principio, no había suscitado mucho entusiasmo en Moscú a inicios de la posguerra fría eran de orden geoestratégico, centrado en ganar presencia e influencia política con objeto de recobrar una posición de mayor peso en la escena internacional; y también de

orden económico, comercial e incluso energético por el atractivo de sus vastos mercados que podían contribuir a la recuperación rusa<sup>10</sup>.

Para comprender la evolución de la política exterior rusa en Oriente Medio, cabe recordar que tras la desaparición de la Unión Soviética, en 1991, Moscú había dejado de compartir fronteras con Turquía e Irán; esto es, con el Oriente Medio no árabe. Entre este espacio y Rusia mediaban ahora las regiones del Cáucaso sur y Asia central. Ambas áreas, que intermediaban entre Rusia y Oriente Medio, fueron objeto de una mayor atención y seguimiento por Moscú, que necesitaba crear un nuevo perímetro de seguridad y recobrar su tradicional esfera de influencia.

Además del pasado común, de ser limítrofes y contar en algunos de estos países con población rusa, la reemergencia del Cáucaso sur y de Asia central en la escena mundial despertó también el interés de otras potencias regionales e internacionales como, entre otras, Turquía, Irán, China, Estados Unidos y la Unión Europea. Este inusitado atractivo era visto con recelo por Moscú. Diversas cuestiones geoestratégicas, económicas y de seguridad estaban en juego: explotación de recursos energéticos –hidrocarburos–; construcción de nuevos oleoductos y gasoductos con trazados por unos países u otros; recuperación de áreas de influencia o, como mínimo, neutralización de la influencia y la penetración de otras potencias; además de la regulación del estatuto del mar Caspio ante la emergencia de los nuevos Estados ribereños –Kazajistán, Azerbaiyán y Turkmenistán– que alteraban y complejizaban el tradicional condominio entre la desaparecida Unión Soviética –ahora Rusia– e Irán. Sin olvidar, por último, pero no menos importante, el temor a la radicalización entre las filas islamistas por la guerra de Chechenia, el ascenso de los talibán en Afganistán y la creciente inestabilidad regional<sup>11</sup>.

En suma, todo parecía indicar que, en un primer momento, Oriente Medio no entraba en las prioridades de la nueva política exterior rusa<sup>12</sup>. La salvedad era Turquía e Irán por su condición limítrofe al Cáucaso sur y Asia central, con poblaciones de mayoría musulmana como sucedía también en algunas áreas rusas del Cáucaso norte. En esta tesitura, Moscú recelaba de la influencia que pudieran ejercer Ankara y Teherán. Pero la principal inquietud procedía del auge del islamismo radical, tanto dentro de sus fronteras como en las mencionadas regiones limítrofes.

Este malestar no impidió que la subregión del Golfo árabe-pérsico apareciera en un segundo plano de interés. Además de su evidente relevancia geoestratégica y económica, la diplomacia rusa intentó mediar, sin mucho éxito, ante el régimen iraquí de Saddam Hussein para que cediera a las exigencias internacionales –principalmente

---

<sup>10</sup> Algunos autores suman también las motivaciones de carácter demográfico y cultural por contar Rusia con una importante población de confesión musulmana (en torno al 14 por ciento), véase PÉREZ DEL POZO, M. J., “La Política exterior de Rusia en Oriente Medio, ¿continuidad o cambio?”, *Revista UNISCI*, nº 41, 2016, pp. 139-162 (149).

<sup>11</sup> Véase DJALILI, M. R., y KELLNER, T., *La nueva Asia Central. Realidades y desafíos*, Bellaterra, Barcelona, 2003.

<sup>12</sup> FREEDMAN, R. O., *Russian Policy Toward the Middle East Since the Collapse of the Soviet Union. The Yeltsin Legacy and the Challenge for Putin*, Henry Jackson School of International Studies, University of Washington, Seattle, 2001.

estadounidenses– de acceso a las instalaciones militares en busca de armas nucleares y, así, suavizar las sanciones económicas que golpeaban sobre todo al conjunto de la población iraquí. Del mismo modo, Moscú exigió el levantamiento de sanciones en 1995 y, al año siguiente, dio la bienvenida al programa de “Petróleo por alimentos” de la ONU, que alivió muy ligeramente la dureza del embargo económico. No obstante, siguió insistiendo ante Bagdad para que buscarse algún modo de colaboración con Occidente; y ante Washington para que levantase las sanciones, al menos parcialmente<sup>13</sup>.

Por último, en un tercer plano, se situaba Oriente Próximo –Israel/Palestina, Siria, Líbano, Jordania y Egipto–, que había ocupado una posición prioritaria durante el pasado periodo de la Guerra Fría a propósito del conflicto árabe-israelí y, no menos, de la propia guerra fría árabe. Nuevamente, Moscú advirtió una oportunidad en este sempiterno conflicto para ejercer su mediación entre palestinos e israelíes en un momento en que, después de la euforia seguida tras los afamados Acuerdos de Oslo en 1993, el proceso de paz se ralentizó hasta prácticamente paralizarse tras el ascenso de Netanyahu al Gobierno israelí durante su primer mandato (1996-1999) y su política de colonización, que persiste hasta hoy día. Pese a la mayor visibilidad que adquiriría Rusia en la región con sus frustrados intentos de mediación, la ausencia de éxito reflejaba de manera semejante la limitación de su poder e influencia regional y mundial.

No obstante, a medida que afianzaba su posición en la escena internacional, una Rusia más segura de sí misma comenzaba a extender sus relaciones exteriores hacia espacios y países no considerados prioritarios en un primer momento. La política exterior postsoviética adquirió un carácter más pragmático en contraposición a su anterior línea de acción mucho más ideologizada. Adoptó una visión mucho más realista de las posibilidades de Rusia en la escena internacional, sin tomar medidas radicales que pusieran en riesgo la relación con Estados Unidos y la Unión Europea.

En esta nueva dinámica recuperó su interés por Oriente Medio. La región resultaba atractiva para la maltrecha economía rusa y, en términos geopolíticos, ofrecía un terreno en el que intentaba contrarrestar la prominente influencia de Washington, al mismo tiempo que granjearse cierta presencia e influencia regional. No era una tarea sencilla. Es más, no obtuvo ningún resultado de cierta trascendencia debido a la propia debilidad de la economía y política rusas durante la década de los noventa, por cuanto tenía muy poco que ofrecer en comparación con otras potencias mundiales. Además, su actuación en Chechenia y apoyo a Serbia en el conflicto de Bosnia y Kosovo pareció suscitar cierta animadversión en una región de mayoría musulmana, muy sensible al destino de sus correligionarios en otras partes del mundo<sup>14</sup>. Sin olvidar el notable predominio geoestratégico de Estados Unidos durante esta misma etapa en el sistema internacional, con gran proyección en Oriente Medio.

Con el fin de la Guerra Fría y la desaparición de la Unión Soviética, Estados Unidos había adquirido la condición de única superpotencia o hiperpotencia. Esta nueva configuración del poder en el sistema internacional tuvo su correspondiente proyección en Oriente

---

<sup>13</sup> NIZAMEDDIN, T., *Putin's New Order in the Middle East*, Hurst & Company, London, 2013, p. 132.

<sup>14</sup> RIVLIN, P. L., *The Russian Economy and Arms Exports to the Middle East*, The Jaffee Center for Strategic Studies, Memorandum, n° 79, Noviembre 2005, p. 34.

Medio en la década de 1990, espacio de tiempo en el que Rusia careció de la capacidad y los medios para recuperar el poder que tuvo en el pasado en la región. Esta situación cambiaría, sin embargo, con la nueva política exterior rusa liderada por Vladimir Putin tras su ascenso a la presidencia en el año 2000, mostrándose decisiva para el paulatino regreso de Rusia a Oriente Medio.

Putin partía y participaba de las principales líneas de acción exterior diseñadas por Yevgueni Primakov, ministro de Asuntos Exteriores de 1996 a 1998 y primer ministro durante 8 meses entre 1998 y 1999, además de incluirlo en su equipo como asesor. Esa estrategia se concretaban en, primero, recuperar la influencia de Rusia como gran potencia mundial, en particular, entre las antiguas repúblicas soviéticas con objeto de liderar el espacio postsoviético y, así, fortalecer la seguridad de todas las fronteras rusas; y, segundo, evitar la hegemonía estadounidense en el sistema emergente de la posguerra fría. Lejos de una estrategia de confrontación, se apostaba por un diálogo constante y fluido con Estados Unidos, sin dejar de cerrar acuerdos estratégicos con otras potencias emergentes –China e India– con objeto de pasar desde la unipolaridad a la multipolaridad en la estructura de poder mundial.

Desde esta óptica, la recuperación económica y la ampliación de su presencia e influencia geopolítica mantuvieron la prioridad. Tras una década de significativa ausencia en la región mesooriental, Moscú reactivó sus políticas caracterizadas por un claro pragmatismo en la persecución de intereses económicos, y por combatir lo que percibía como amenazas a su seguridad nacional<sup>15</sup>. Su ministro de Asuntos Exteriores Serguei Lavrov recogía esa nueva posición al afirmar, en 2004, que dicha política no era ni proárabe ni antiisraelí, sino que buscaba asegurar los intereses nacionales de su país manteniendo buenas relaciones con todos los Estados de la región<sup>16</sup>.

Si bien a comienzos del siglo XXI la economía rusa presentaba algunas señales de recuperación frente a la grave crisis de la década anterior, particularmente dura en 1998, no menos cierto fue que seguía demandando fortalecimiento y consolidación. Desde este ángulo, Oriente Medio representaba un mercado muy atractivo para sus empresas energéticas y de armamento, principalmente. Las grandes corporaciones rusas en el sector energético tenían en los países productores de gas y petróleo de Oriente Medio “a sus socios y competidores a un mismo tiempo, en la medida en que compartían intereses comunes: “mantenimiento de los precios del petróleo suficientemente altos” y “regular la competición en el mercado del gas”<sup>17</sup>; e incluso se llegó a especular con el intento de formar un cartel del gas “con Catar e Irán”<sup>18</sup>.

---

<sup>15</sup> TRENIN, D., *Russia's foreign policy in the Middle East. Prospects for consensus and conflict with the United States*, The Century Foundation, New York, 2010, p. 7.

<sup>16</sup> Declaraciones realizadas al diario *Pravda* y recogidas en WEITZ, R., “Strategic Posture Review: Russia”, 1 february 2009, disponible en <https://www.worldpoliticsreview.com/articles/5065/strategic-posture-review-russia>

<sup>17</sup> TRENIN, D., *Russia's foreign policy in the Middle East...*, *op. cit.*, p. 6.

<sup>18</sup> Como señala SMITH, M. A., *Russia and the Persian Gulf: The Deepening of Moscow's Middle East Policy*, Conflict Studies Research Center, Middle East Series, nº 25, 2007, p. 1.

Respecto al armamento, la Unión Soviética había sido uno de los principales productores mundiales. Su venta entre 1985 y 1990 osciló anualmente desde 15.000 a 22.000 millones de dólares. En términos globales representaba cerca del 40 por ciento de las ventas mundiales de armas a finales de los años 80. Después del petróleo y sus derivados, la exportación de armamentos suponía el 13,4 por ciento del total de bienes vendidos en esa misma década<sup>19</sup>.

Pero tras la implosión soviética, su tradicional industria armamentística se resintió debido, principalmente, a su propia desintegración, al quedar muchas de sus fábricas en otras ex repúblicas soviéticas y a las políticas de privatización<sup>20</sup>. Entre 1991 y 1996, Rusia apenas facturaba unos 3.000 millones de dólares anuales. En el cómputo global descendió a su punto más bajo, a un 10 por ciento en 1994, centrándose casi exclusivamente en China, India e Irán. Desde entonces comenzó una lenta y progresiva recuperación a lo largo de una década: en 2015 su venta alcanzó 14.500 millones de dólares.

En la actualidad Rusia es el segundo mayor exportador mundial de armas después de Estados Unidos. Pero entre sus principales clientes todavía no se encuentran los Estados de Oriente Medio y el Magreb, incluso ha perdido algunos como el Irak de Saddam Hussein (2003) y la Libia de Gadafi (2011). Se estima que en este último país la empresa rusa Rosoboronexport dejó de vender unos 6.500 millones de dólares<sup>21</sup>. Este declive ha sido compensado en cierta medida con la venta de armas a Argelia y, en particular, a Siria durante los últimos años. En el caso sirio, su importancia no sólo reside en la cantidad del armamento vendido, sino también en su eficacia, mostrada durante los duros combates de la guerra.

En el ámbito geopolítico, Moscú intentó aprovechar las brechas del descontento abiertas por las políticas de Washington en Oriente Medio debido, principalmente, a la respuesta unilateral y militarista de la administración neoconservadora a los atentados del 11-S en 2001. Pese al apoyo brindado por Putin a Estados Unidos minutos después de producirse los ataques terroristas, el nuevo clima de entendimiento en las relaciones entre Rusia y Estados Unidos comenzó a resquebrajarse. Si bien se aceptaba e incluso se aprobaba la intervención militar estadounidense en Afganistán –entendida como legítima defensa–, sus planes políticos y bélicos para Irak suscitaron un importante rechazo mundial, incluso entre algunos de los tradicionales aliados europeos de Washington como Francia y Alemania; además de Rusia, China y otras potencias emergentes como Brasil. Se recelaba del proyecto hegemónico vislumbrado en la nueva doctrina de seguridad estadounidense (2002), de *guerra preventiva* para hacer frente a las nuevas amenazas como el terrorismo y, también, para impedir que cualquier otro Estado alcanzara la paridad estratégica con Estados Unidos.

---

<sup>19</sup> ANTHONY, I., “Economic dimensions of Soviet and Russian arms exports”, en ANTHONY, I., (ed.) *Russia and the arms trade*, SIPRI, New York, 1998, pp. 71-92.

<sup>20</sup>KOZHANOV, N., “Arms Exports Add to Russia’s Tools of Influence in Middle East”, *The Chatham House*, 20 July 2016, disponible en <https://www.chathamhouse.org/expert/comment/arms-exports-add-russia-s-tools-influence-middle-east>

<sup>21</sup> *Ibid.*

Las críticas a la invasión estadounidense de Irak (2003) se concretaron en la ausencia de aprobación por el Consejo de Seguridad de la ONU, en la violación de la soberanía nacional, en la instrumentalización de la lucha antiterrorista desviándola de sus objetivos, en la imposición del cambio de régimen, y en la expansión del predominio geoestratégico de Washington hasta rozar los límites de la hegemonía mundial. Obviamente, estas reprobaciones no ocultaban ni necesariamente deslegitimaban los intereses económicos y petroleros de Rusia en Irak.

A su vez, las denominadas *Revoluciones de Colores*, en Georgia (2003), Ucrania (2004) y Kirguizistán (2005), incrementaron este deterioro de las relaciones bilaterales entre Moscú y Washington. Rusia las contempló con recelos y apuntó a Estados Unidos como su instigador para reducir la influencia rusa en su área más cercana. Consideraba la política estadounidense de promoción de la democracia como una injerencia en los asuntos internos de los Estados, al igual que las “intervenciones humanitarias” derivadas del “derecho a proteger”. Esta desconfianza se acrecentó tras el discurso inaugural del segundo mandato presidencial de George Bush (enero de 2005) al fijar como objetivos la promoción de la libertad y la democracia para acabar con la tiranía en el mundo y combatir más eficazmente la lucha contra el terrorismo. Pero Rusia discrepaba de estos métodos, en su lugar prefería combatir el terrorismo mediante la cooperación interestatal al margen de las formas de Gobierno, y no derribando regímenes autoritarios.

En este clima de descontento por la agresión y ocupación estadounidense de Irak, Rusia advirtió una oportunidad para ganar cierta influencia ante el acelerado deterioro de la imagen de Estados Unidos, que suscitó las antipatías de manera casi unánime en toda la región. En un estudio sistemático de opinión realizado en seis países árabes –Líbano, Jordania, Marruecos, Egipto, Emiratos Árabes Unidos y Arabia Saudí– se concluía que la guerra de Irak había dañado la imagen de Estados Unidos en el mundo árabe “mucho más que cualquier otra política estadounidense desde el fin de la Guerra Fría”. De manera que, entre el periodo que comprendió la guerra contra Irak en 2003 hasta el comienzo de la denominada *Primavera Árabe* a finales de 2010, una media muy significativa del 80 por ciento de la opinión pública árabe tenía una visión negativa de la política estadounidense en la región<sup>22</sup>. Los datos hablaban por sí solo.

Es más, incluso entre sus principales socios o aliados árabes se desconfiaba profundamente de la política de promoción de la democracia consignada por Washington en su denominado proyecto del *Gran Oriente Medio*<sup>23</sup>. Si bien su imposición –*manu militari*– parecía reservada sólo para los regímenes adversos como el iraquí, no era menos cierto que inquietó también a los autócratas aliados, igualmente partidarios de mantener el *statu quo* que los no aliados o adversarios. Aunque en algún caso, como en Egipto, se adoptaron algunos solícitos gestos aperturistas sin poner en cuestión ninguna esfera de poder, rápidamente se advirtieron las limitaciones de esta monumental obra de ingeniería social; y, ante la pérdida del impulso democratizador, se reforzaron los mecanismos de control autoritario de los que nunca se habían desprendido.

---

<sup>22</sup> TELHAMI, S., *The World Through Arab Eyes*, Basic Books, New York, 2013, pp. 204-205.

<sup>23</sup> Propósito recogido en la iniciativa de *Middle East Partnership Initiative* (MEPI), en 2002; y en el *Broader Middle East and North Africa* (BMENA), en asociación con el G-8, en 2004.

En esa tesitura, si Rusia jugaba bien sus cartas podía asegurar su regreso a la región. Consciente de sus nuevas bazas estratégicas, más por demérito de Estados Unidos que por méritos propios, Moscú proyectó una imagen alejada de la tradicionalmente asociada a la Unión Soviética. Lejos de buscar el cambio político o de alterar el orden regional a su favor, se presentaba como una gran potencia que buscaba normalizar sus relaciones, partidaria de mantener el *statu quo*, sin suscitar ningún miedo, temor o recelo. Por el contrario, aspiraba a ganarse la confianza de la que carecía entre algunos actores y de reforzarla con los que mantenía relaciones. Con ese propósito, en términos geopolíticos, Rusia ofertó una variedad de roles dependiendo de las demandas o casos que, básicamente, se concretaron en dos: primero, como un actor serio y fiable, con una concepción moderna –rígida– de la soberanía nacional, sin injerencias internas y alejada, por tanto, de cualquier experimento de ingeniería social o tentativa de modificación del orden político interno y, por extensión, regional; y segundo, de contrapeso a la política unilateralista de Estados Unidos, presentando Rusia una visión más equilibrada o ecuánime ante algunas de las controversias regionales.

Ante la promoción de la democracia –liberal– por Washington, Moscú contraponía el concepto de *democracia soberana*, acuñado por el ideólogo del partido *Rusia Unida* Vladislav Surkov en 2006, y adoptado como doctrina oficial durante los primeros mandatos de Putin. Desde esta noción se primaba la soberanía nacional sobre la democracia por cuanto esta última no tiene cabida sin la primera, pues la soberanía suele preceder a la democracia<sup>24</sup>. Se partía, así, de una concepción de la soberanía nacional más tradicional y rígida, más acorde al mundo moderno que al poroso orbe posmoderno o líquido. Rusia no era una excepción en participar de un concepto que, conviene subrayar, asumen todas las grandes potencias mundiales, desde Estados Unidos a China. En esta línea, Moscú defendía mantener el *statu quo* como mostraba su apuesta y alianza con regímenes autoritarios y fuertes. Al mismo tiempo que advertía sobre los efectos no deseados o contraproducentes de fomentar la democracia liberal en contextos poco aptos o adversos como de manera dramática y elocuente revelaba el caso iraquí. Semejante visión estaría muy presente ante los vientos de cambio suscitados por las revueltas árabes a lo largo de 2011, en particular, cuando afectó a su más estrecho aliado en Damasco.

En cuanto a la función de contrapeso del unilateralismo estadounidense, Rusia mantenía relaciones con los países fuera del área de influencia de la órbita estadounidense –Irak, Irán, Siria y Libia–, considerados por Washington dentro de una escala que oscilaba desde adversarios hasta enemigos o *Rogue States* –Estados canallas–<sup>25</sup>, dependiendo de las distintas coyunturas políticas. Las relaciones exteriores de Moscú no eran igual de estrechas con todos, ni se mantuvieron constantes, ni con el mismo grado de confianza durante todo el tiempo. No pocas registraron algún distanciamiento en diferentes momentos, incluso desde la etapa soviética, aunque por lo general conservaron cierto

---

<sup>24</sup> FISHER, S., “Sovereign democracy: Russia's response to the color revolutions”, *College of Arts & Sciences Senior Honors Theses*, Paper 90, 2014, p. 3, disponible en <http://ir.library.louisville.edu/honors/90>

<sup>25</sup> Véase CHOMSKY, N., *Estados canallas. El imperio de la fuerza en los asuntos mundiales*, Paidós, Barcelona, 2001.

grado de entendimiento a modo de contraprestación<sup>26</sup>. Los Estados locales veían en las relaciones con Rusia una forma de compensar la evidente influencia de Estados Unidos en la región. A cambio, Rusia percibía en esas mismas relaciones un espacio para mantener cierta presencia regional. Si bien no ganaba mayor influencia como pretendía, al menos lograba que Washington no siguiera ensanchando la suya.

Con el propósito de mantener y ampliar relaciones estables con todos los actores de la zona, la política exterior de Putin se centró tanto en fortalecer lazos con aliados tradicionales o heredados de la época soviética –Siria e Irak–, o bien en los márgenes de la exclusión –Palestina– o confrontación con Estados Unidos –Irán–, como en crear vínculos con países con los que las relaciones no eran muy estrechas o estaban ubicados en la órbita de influencia estadounidense –Arabia Saudí, Israel, Turquía, Catar, Jordania o Egipto, entre otros–. En esta dinámica, cabe destacar la gira oficial de Putin por Egipto, Israel y los territorios palestinos en 2005. Seguida dos años después, en 2007, por Arabia Saudí, Catar y Jordania. Ambas rondas expresaban el interés de Moscú en fortalecer su presencia y papel regional<sup>27</sup>. Por último, pero no precisamente menos importante en esta escenificación del regreso de Rusia a Oriente Medio, debe contemplarse su respuesta a las revueltas árabes (2010-2011), en particular a la contestación política en Siria, donde llegó a involucrarse militarmente para mantener su influencia y articularse como un interlocutor ante otros actores regionales e internacionales.

Previamente, Moscú había iniciado una política de mayor fortalecimiento de sus relaciones –en unos casos– y acercamiento –en otros– a varios países de la región, entre los que, junto con Siria, destacaban potencias regionales como Turquía, Arabia Saudí, Israel e Irán. Denominador común de este incremento cuantitativo y cualitativo de las relaciones bilaterales era la presencia de los temas económicos y de orden geopolítico, sin escapar, en este último ámbito, a obvias diferencias e incluso contradicciones. Pero, a semejanza de la Unión Soviética, la visión de Rusia volvía a ser más global que regional. Esto implicaba, entre otras manifestaciones, que las relaciones con un determinado Estado no discurrían sólo por derroteros bilaterales, sino que buscaba contrapesar, negociar e influir en sus relaciones con otras potencias. Esa búsqueda del equilibrio de poder regional no era ajena a la búsqueda en la estructura del poder del sistema internacional, incluso la complementaba.

A su vez, estas pautas de comportamiento se vieron reflejadas, entre otros actores, con un vecino como Turquía, país con el que estableció las mayores relaciones económicas. Junto a la histórica rivalidad geopolítica, en la que Turquía era clave para el acceso de la marina rusa al Mediterráneo mediante los estratégicos estrechos turcos del Bósforo y los Dardanelos, Ankara había visto revalorizada su ubicación para diversificar la ruta de gasoductos y oleoductos. De esta manera, Rusia también veía reducida su dependencia de Ucrania y Bielorrusia para conducir los hidrocarburos rusos hacia Europa, destino al que se sumaban los recursos energéticos de la cuenca del mar Caspio. Como en otros casos, las relaciones históricas entre ambos países han estado mediatizadas por la

---

<sup>26</sup> Véase KAHHAT, F., “Las relaciones entre Rusia y Siria tras la guerra fría”, en MESA DELMONTE, L., (coord.), *Las relaciones exteriores de Siria*, el Colegio de México, México D.F., 2013, pp. 287-305.

<sup>27</sup> SMITH, M., *op. cit.*, p. 6.

desconfianza y los recelos, con altibajos a lo largo del tiempo e incluso, más recientemente, por tensiones políticas a propósito del conflicto sirio en el que mantienen posiciones encontradas. Aunque este desencuentro no ha impedido que ambos países, junto con Irán, hayan impulsado las conversaciones en Astaná, desde diciembre de 2016, para lograr una tregua y pacificación de Siria.

Otro tanto cabe decir respecto a las relaciones con Arabia Saudí, más recientes y distantes, debido a que históricamente eran nulas. También han estado mediatizadas por cierta animadversión e incluso enemistad, en particular, durante el periodo de la Guerra Fría, cuando Riad percibía en Moscú el principal bastión externo en el que se apoyaban las repúblicas árabes de corte nacionalista y socializante como la egipcia liderada por Gamal Abdel Naser. A su vez, la invasión soviética de Afganistán o el apoyo saudí a los sectores yihadistas en Chechenia han retroalimentado ese notable distanciamiento y mutua antipatía. Sus relaciones económicas son poco significativas, pero el interés ruso responde también a que Riad es el primer productor mundial de petróleo. Pese a que Moscú ha intentado aprovechar el distanciamiento entre la Casa de Saud y la administración Obama, las diferencias mantenidas con Moscú por su apoyo al programa nuclear iraní y al régimen sirio son insalvables. Sin menospreciar la sustancial mejora en las relaciones saudíes-estadounidenses con el ascenso a la presidencia de Donald Trump, que eligió simbólicamente a Arabia Saudí como el primer país que visitaba en su salida al extranjero en mayo de 2017. Hecho que no ha excluido la primera visita de un rey de Arabia Saudí a Moscú, a principios de octubre de 2017, reflejando la influencia ganada por Rusia en Oriente Medio.

Las relaciones entre Rusia e Israel no pueden decirse que sean una novedad, pues Moscú reconoció a Israel desde el primer momento tras su proclamación en 1948. Sin embargo, la alineación prooccidental de Israel durante la confrontación bipolar y el conflicto árabe-israelí introdujeron un distanciamiento hasta la ruptura de relaciones diplomáticas, debido a la negativa israelí a retirarse de los territorios árabes ocupados durante la guerra de 1967. Con la nueva política exterior de Gorbachov se reanudaron las relaciones diplomáticas y en la era de Putin se han incrementado y mejorado. En el ámbito económico, después de Turquía, Israel es el segundo país en importancia económica y comercial, pese a que en el cómputo global del comercio exterior ruso su peso sea muy modesto. Pero, a diferencia de cualquier otro país de la región, el factor sociocultural mediatiza de manera significativa las relaciones bilaterales, por cuanto en Israel se contabiliza cerca de un millón de personas originarias de la antigua Unión Soviética y el ruso es la tercera lengua más hablada en el país. Estos lazos culturales y sociales son relevantes en otras actividades como el turismo ruso, sin olvidar los partidos que se disputan el voto de este importante segmento de la población israelí.

No menos importante son las relaciones políticas, pese a los diferentes alineamientos regionales e internacionales de Tel Aviv y Moscú; además de las diferentes posiciones que mantienen respecto al programa nuclear iraní o a la propia resolución de la cuestión palestina. Este posicionamiento no ha impedido el interés mutuo por propiciar el acercamiento y estrechar las relaciones en ámbitos tan sensibles como la nanotecnología o, más específicamente, la tecnología militar. Un caso llamativo es su incremento en los

contactos, intercambio de información y coordinación ante el conflicto sirio, con repetidas visitas al más alto nivel en un corto plazo de tiempo. Todo parece indicar que, pese a las mencionadas diferencias –alianzas, Siria, Irán, Hezbolá, Palestina–, también existen terrenos comunes de entendimiento –terrorismo yihadista e inestabilidad regional– y, en particular, la necesidad de coordinarse para no chocar y deteriorar las relaciones bilaterales. Por el contrario, tanto Moscú como Tel Aviv, desde diferentes ángulos, están interesados en mantener a flote dichas relaciones y no dejar que se interrumpan por los inevitables desencuentros regionales. Rusia no es un reemplazo de Estados Unidos en la alianza exterior de Israel, pero parece ser un candidato en el contrapeso a Europa ante algunas fricciones con Israel y, también, de Europa con Rusia. Israel, por ejemplo, no secundó la condena a la anexión rusa de Crimea.

Por último, las relaciones con Irán han estado igualmente marcadas por su proximidad física, en particular, a lo largo de la Guerra Fría, cuando ambos países eran limítrofes e incluso ejercían el condominio del mar Caspio. A semejanza de Turquía, el alineamiento de Teherán con Washington implicaba que todas las fronteras de la Unión Soviética con Oriente Medio –por el Cáucaso sur y Asia central– estaban bajo la órbita de influencia estadounidense, a modo de contención de una supuesta amenaza de expansión soviética hacia la región del Golfo árabe-pérsico, de ricos yacimientos energéticos. Aunque la revolución iraní parecía destinada a romper ese cerco, su capitalización por el clero chií introdujo nuevas preocupaciones. El nuevo poder establecido en Irán era, efectivamente, contrario a la política estadounidense sin traducirse en prosoviética y, por tanto, no secundar los términos del juego de suma cero imperantes durante la confrontación bipolar. Por el contrario, Teherán se mostró igualmente distante de Moscú. De hecho, la intervención soviética en Afganistán a finales de 1979 no se comprende del todo sin la revolución islamista en Irán a principios de ese mismo año. Existía un temor fundado a un contagio de la emergencia islamista entre la población musulmana en sus repúblicas de Asia central y del Cáucaso, donde se observaba un mayor seguimiento de las prácticas religiosas y expresiones sociales de reislamización.

Durante la guerra irano-iraquí, Moscú mantuvo una posición ambivalente. A semejanza de otras grandes potencias, no deseaba un triunfo claro de ninguno de los dos contendientes que diera lugar a cierta hegemonía regional. Pese a las diferencias y fricciones con Teherán, Moscú buscó un acomodo en la relación bilateral. Una serie de acontecimientos contribuyeron a que se adentraran por una senda más pragmática: el fin de la guerra entre Bagdad y Teherán, la retirada soviética de Afganistán, la conclusión de la confrontación bipolar y la desaparición de la Unión Soviética. La nueva Rusia de Putin imprimió también una cooperación política animada por la búsqueda del reconocimiento internacional como gran potencia. Ambos países se adentraron en un terreno común. Desde diferentes ángulos, tanto Rusia como Irán veían en el otro una forma de contrapesar el ascenso del poder estadounidense en el sistema internacional y, por extensión, en la región. Si Teherán lograba, así, sortear parcialmente el aislamiento internacional, Moscú encontraba en Irán un aliado en su viaje de regreso a Oriente Medio. El programa nuclear iraní era parte de ese peaje, pese a las reservas y temores rusos. Sin olvidar que la invasión estadounidense de Irak (2003) no hizo más que estrechar esta alianza coyuntural, además de contribuir al ascenso regional de Irán. Esta cooperación estratégica se ha visto

notablemente incrementada a propósito del conflicto sirio, no exenta de recelos ante la deriva que puedan adoptar tanto en Siria como en otras crisis regionales.

Paradójicamente, ninguna otra situación ha escenificado el regreso de Rusia a Oriente Medio como su intervención militar en Siria. Sin embargo, cabe igualmente argumentar que ninguna otra en los últimos tiempos ha suscitado mayor controversia y antipatía. Dicho en otros términos, el terreno ganado por la vía diplomática, política y económica puede resentirse por un exceso de su poder duro. De la misma forma que Moscú rentabilizó el descontento suscitado por las acciones contraproducentes de Washington en Oriente Medio, cabe advertir que las de Rusia podrían sufrir un destino similar. No obstante, a su favor tiene que, en principio, no pretende alterar el orden político interno ni regional. Su apuesta en Siria se inclina por mantener y reproducir el *statu quo*, sin acompañarse de ninguna gran obra de ingeniería social: de promoción de la democracia y, en definitiva, de cambio de régimen como propiciaba el Proyecto del Gran Oriente Medio de la administración neoconservadora de Bush. Por el contrario, Rusia transmite un mensaje más tranquilizador al respecto. Además de hacer valer su condición de gran potencia e intereses en la región, se presenta como un interlocutor fiable y pragmático. Lejos de cualquier veleidad revolucionaria asociada al pasado soviético.

A modo de balance de este periodo, que abarca buena parte de la primera década del siglo XXI, puede afirmarse que la política de la administración neoconservadora de George Bush (2001-2008) incidió muy negativamente en su propia capacidad de influencia en la región. Paralelamente, Rusia comenzaba a granjearse cierta reputación como miembro moderado y de confianza en la comunidad internacional que, además, en algunas situaciones o crisis, actuaba en cierta connivencia con los países europeos<sup>28</sup>.

### **III. LA REACCIÓN DE MOSCÚ ANTE LA PRIMAVERA ÁRABE**

Por su propia naturaleza, originalmente espontánea, las revueltas árabes sorprendieron tanto a Rusia como a Estados Unidos; también a los Estados miembros de la Unión Europea y a otros poderes mundiales como China, Brasil e India. En suma, el ámbito de las grandes potencias fue sobrecogido porque el orden postcolonial árabe reinante durante las últimas cinco décadas amenazaba con saltar por los aires, desestabilizar la región e incluso salpicar a su entorno más inmediato.

Las protestas iniciadas gradualmente por la ciudadanía tunecina se contagiaron y extendieron por una buena parte de la geografía política árabe. Las movilizaciones rebasaron en algunos casos, como en Egipto, las expectativas de sus convocantes. La dimensión que rápidamente adquirieron sorprendió tanto a propios como a extraños, incluso a los autócratas árabes y a sus aparatos represivos. Las nuevas formas de comunicación, organización y movilización mediante las redes sociales sortearon la censura, centrada en los medios de comunicación tradicionales. También la ausencia de una determinada organización convencional y liderazgo vertical en la dirección de las

---

<sup>28</sup> NIZAMEDDIN, T., *op. cit.*, p.114

manifestaciones de protesta contribuyó a dificultar la prevención de las revueltas, incluso allí donde se temía el efecto de contagio. De una manera u otra, prácticamente todos los países árabes se vieron afectados: unos de manera más intensa por ser escenario de las incesantes movilizaciones; y otros de forma indirecta por temor a su contagio.

Para disuadir y aplacar las protestas se combinaron medidas represivas y cooptadoras. En algunos casos la represión, combinada con promesas de reforma, no logró su objetivo disuasorio; paradójicamente, sólo contribuyó a retroalimentar el efecto contrario al buscado, pues la represión radicalizaba a la ciudadanía y dejaban sin ninguna credibilidad la poca que pudieran tener las promesas de reforma. Un ejemplo evidente de este proceso de acción-represión-reacción fue el de Siria, que llevó al país a una guerra civil, con una creciente intervención regional e internacional<sup>29</sup>. En otros casos, la combinación de represión y promesas de mejora cumplieron con su objetivo, evitando que el descontento político se tradujera en movilizaciones antiautoritarias y prodemocráticas por el potencial efecto de contagio regional. Un caso paradigmático fue el de Arabia Saudí, que anunció una importante partida presupuestaria, de unos 36.000 millones de dólares, para crear “puestos de trabajo, pensiones y otras prestaciones sociales, así como viviendas”<sup>30</sup> y, de esta manera, intentar cooptar o al menos neutralizar algunos sectores descontentos de la población.

La reacción de Moscú fue algo incoherente. Hasta que en Siria se hizo valer un conflicto bélico abierto, las posiciones de Rusia respecto a la Primavera Árabe fueron más bien vagas y a menudo contradictorias<sup>31</sup>. A semejanza de otras grandes potencias, no respondió del mismo modo a todas las situaciones. Su respuesta fue gradual y desigual: de indiferencia en Túnez, inquietud en Egipto, malestar en Libia e intervención en Siria. En principio mostró cierta indiferencia ante las manifestaciones en Túnez, un país con el que no mantenía una relación estrecha y carecía de importancia geoestratégica. Con Egipto comenzó a incrementar su inquietud, más por la relevancia del país en el subsistema internacional árabe que por las escasamente significativas relaciones económicas y comerciales mantenidas entonces entre Moscú y El Cairo.

En Libia esta preocupación terminó transformándose en un importante grado de malestar con los países occidentales que, en opinión de Rusia, interpretaron de manera deliberadamente errónea la resolución 1973 del Consejo de Seguridad de la ONU. Esto es, en lugar de limitarse a garantizar la exclusión aérea y proteger a los civiles frente a las amenazas vertidas por Gadafi, dicha resolución fue instrumentalizada como cobertura para la intervención militar de la OTAN y propiciar un cambio de régimen mediante el uso de la fuerza. Por último, con el inmediato precedente de Libia, la diplomacia rusa se opuso e incluso vetó, junto con China, cualquier resolución del Consejo de Seguridad sobre Siria que pudiera interpretarse de manera igualmente torticera, al mismo tiempo

---

<sup>29</sup> Véase ÁLVAREZ-OSORIO, I., *Siria. Revolución, sectarismo y yihad*, Los Libros de La Catarata, Madrid, 2016.

<sup>30</sup> AARTS, P., “Tiempo de cambio en Arabia Saudí”, en *Arabia Saudí ante sus desafíos. Vanguardia Dossier*, nº 61, 2016, pp. 6-15.

<sup>31</sup> TAIBO, C., *La Rusia contemporánea y el mundo. Entre la rusofobia y la rusofilia*, Los Libros de La Catarata, Madrid, 2017, p. 106.

que brindó su apoyo al régimen de Damasco en todos los frentes –diplomático, político económico y militar– hasta llegar incluso a protagonizar una intervención militar sin parangón de Rusia en Oriente Próximo, con la mencionada salvedad del caso afgano.

El comportamiento de Rusia ante las revueltas árabes no fue del todo diferente al de otras potencias mundiales. Su respuesta estuvo mediatizada por la mayor o menor cercanía, alianzas e intereses a los países afectados por la contestación política. De este modo se explica la diferente respuesta que otorgó a los casos indicados. Desde esta lógica, a menor acercamiento al régimen afectado, menor oposición a los potenciales cambios políticos; y, por el contrario, a mayor afinidad con el mismo, mayor rechazo e implicación frente a los posibles cambios de régimen. Esta pauta de comportamiento se advierte en las situaciones más cercanas de Libia y Siria, donde manifestó sus discrepancias con los países occidentales. Pese a esta salvedad, se observa que en el resto de los procesos, más lejanos y afectados igualmente por la denominada *Primavera Árabe* –Túnez, Egipto, Bahrein y Yemen–, su comportamiento parecía respetar las áreas de influencias de las otras grandes potencias que, como Francia, Reino Unido y Estados Unidos, mostraron una mayor implicación ya fuera por acción u omisión.

Aún así, con estas diferencias y similitudes ante las revueltas árabes, la visión rusa estuvo muy mediatizada por ciertos temores e interpretaciones. En concreto, primero, Moscú las identificó con las revoluciones de colores acontecidas en el espacio postsoviético entre 2003 y 2005; y que, desde su punto de vista, habían sido alentadas por los Gobiernos occidentales con objeto de contener a Rusia en su zona más cercana. Desde este prisma, se sospechaba que las revueltas árabes podían haber sido igualmente inspiradas por los mismos actores que buscaban consolidar su predominio geoestratégico en Oriente Medio y, al mismo tiempo, desplazar o excluir a Rusia de la región. Sin olvidar, segundo, la preocupación del Kremlin por el impacto que pudiera cobrar en el país el ejemplo de los movimientos sociales árabes, desafiando y derrotando a Gobiernos autoritarios, que coincidió parcialmente en el tiempo con las manifestaciones de miles de personas en las calles de Moscú tras las elecciones parlamentarias de diciembre de 2011, en señal de protesta por supuesto fraude electoral.

En este mismo sentido, tercero, Moscú consideraba que los experimentos de ingeniería social estadounidense eran muy arriesgados como había mostrado su intervención en Afganistán y, en particular, en Irak. Entendía que, bajo la cobertura de la promoción de la democracia, Washington buscaba el cambio de régimen. Semejante política, a su vez, tendía –paradójicamente– a generar mayor inestabilidad y crear un profundo vacío político que rentabilizaban los sectores islamistas más radicales como los yihadistas. En particular, Moscú temía que el caos se apoderara de la región e inestabilizara también las zonas adyacentes del Cáucaso sur y Asia central; además del Cáucaso norte –Chechenia, Daguestán– en la propia Rusia, donde lidiaba desde hace tiempo con la insurgencia y el terrorismo de corte yihadista.

En el comportamiento de los casos concretos, se observa como Rusia no discrepó de manera significativa del resto de los países occidentales, salvo en los mencionados asuntos de Libia y, en particular, de Siria. Pese a sus recelos y desconfianza sobre el

devenir de las revueltas, en un principio Rusia se sumó al sentir generalizado de aceptar las demandas de reforma democrática. Se mantenía, así, en la misma sintonía que los países occidentales. Moscú tampoco deseaba ser percibida como una fuerza conservadora y opuesta a los cambios, siempre y cuando estos se condujeran de manera pacífica y ordenada como pretendía igualmente Washington, sin poner en riesgo la seguridad estratégica e intereses que alberga el conjunto de Oriente Medio y el Magreb.

La irrelevancia de sus relaciones políticas y económicas con algunos de los países afectados también contribuyó a aceptar los cambios, pues no lesionaban sus intereses en la región. En consecuencia, no expresó mayor rechazo que las reservas sobre la deriva que podían adoptar. Desde esta óptica, se aceptó la caída de Ben Ali en Túnez como un hecho consumado. Este descabezamiento político del régimen fue asumido igualmente por los países occidentales y por Rusia<sup>32</sup>. En el caso de Egipto, Rusia secundó también la misma posición que sostenían las cancillerías occidentales<sup>33</sup>. Incluso aceptó los cambios y reconoció al Gobierno de los Hermanos Musulmanes presidido por Mursi, pese a que dicha organización estaba proscrita en Rusia y era considerada terrorista.

Semejante acomodo mostraba el carácter fuertemente pragmático que había adquirido la política exterior rusa en la región durante la posguerra fría. Del mismo modo, una vez depuesto el Gobierno electo por el golpe de Estado en 2013, Moscú también dio la bienvenida al Ejecutivo del exmariscal Abdel Fatah Al Sisi. Es más, las relaciones políticas, económicas, comerciales y militares entre Rusia y Egipto se han incrementado desde entonces. En 2015 ambos países acordaron la construcción de la primera central nuclear en Egipto con asesoramiento y financiación de Rusia; en noviembre de ese mismo año un avión de pasajeros rusos procedente de Egipto sufrió un atentado mientras sobrevolaba la península del Sinaí; en octubre de 2016 unidades rusas y egipcias protagonizaron maniobras militares conjuntas; y por la misma fecha El Cairo se alineó con Moscú en el Consejo de Seguridad de la ONU respecto al conflicto sirio, resintiéndose sus relaciones con Arabia Saudí.

La posición de Rusia respecto a los acontecimientos en Bahréin y Yemen fue de acomodo a la influencia ejercida por algunas potencias regionales e internacionales en dichos países. Ambos poseían una menor visibilidad internacional que la de Túnez y Egipto, ubicados en la orilla sur del Mediterráneo, frente a las costas europeas. Pero esto no restaba en un ápice su importancia. Bajo el área de influencia regional de Arabia Saudí, Bahréin tenía una población de origen chií –en torno al 70 por ciento– frente a la clase gobernante y monarquía de obediencia suní; recelaba de Irán y la influencia que pudiera

---

<sup>32</sup> Aunque cabe recordar que su antigua potencia colonial, Francia, había prestado su apoyo al régimen de Ben Ali hasta prácticamente el último momento por boca de su ministra de Exteriores, Michele Alliot-Marie, que ofreció material y asesoramiento antidisturbios para frenar las manifestaciones. Sin olvidar su cuestionado comportamiento personal, de pasar las vacaciones de Navidad en Túnez, en medio de la crisis, acompañada de miembros de su familia que realizaron negocios con un destacado miembro del régimen en un claro tráfico de influencias.

<sup>33</sup> Véase en el caso de la Unión Europea el estudio de GÓMEZ ISA, F., “EU promotion of deep democracy in Egypt after the Arab spring: A missed opportunity?”, *Revista Electrónica de Estudios Internacionales*, REEI, n° 23, junio 2017, disponible en <http://www.reei.org/index.php/revista/num33/articulos/eu-promotion-of-deep-democracy-in-egypt-after-the-arab-spring-missed-opportunity>

ejercer sobre esta importante población chií; y, además, también era sede de la Quinta Flota de Estados Unidos, desplegada en la región del Golfo arábigo-pérsico, el mar Rojo y el mar Arábigo –o de Omán–, además de la Costa de África del Este.

Moscú mantuvo un perfil bajo, incluso ante la intervención militar de Arabia Saudí y los Emiratos Árabes. Prácticamente consideró el incidente como un asunto interno y se pronunció en términos semejantes a la diplomacia occidental, que apelaba al diálogo para resolver las diferencias. Pero a diferencia de algunas de las principales potencias occidentales, Rusia carecía de alianzas, predominio e implicación en la península arábica. Por tanto, su pasividad respondía más a que era un área de influencia ajena que a la complicidad e intereses que poseían otras potencias ante el evidente peso estratégico y económico de las monarquías petroleras del Golfo; y el temor a que pudieran caer y arrastrar a otras por una deriva de inestabilidad y consecuencias imprevisibles.

Respecto a Yemen las cosas no fueron muy diferentes. Pese a que Yemen del Sur había sido un histórico aliado de la antigua Unión Soviética, Moscú no se involucró más allá de lo que consideró recomendable. Nuevamente, su comportamiento no fue en lo sustancial diferente del adoptado por los países occidentales, de aceptar la mediación y propuesta de resolución del Consejo de Cooperación de Golfo para desactivar la crisis yemení. Una vez más, Moscú aceptaba la política de hechos consumados y la evidente preponderancia que ejercía Arabia Saudí en la península arábica. En suma, su mensaje era claro: no tenía ninguna intención de subvertir o alterar el *statu quo* regional, al que se acomodaba sin ningún reparo político e ideológico. Tampoco buscaba rivalizar con las potencias occidentales ni soñaba con reemplazarlas, en el mejor de los casos se conformaba con tener una presencia regional semejante y que sus intereses se tuvieran igualmente en cuenta.

Desde esta misma lógica, Moscú discrepó con la pauta de comportamiento adoptada tanto por las potencias occidentales como por algunos países árabes ante los sucesos en Libia. Las manifestaciones de protestas fueron respondidas con una fuerte represión, pero también con la deserción de importantes sectores estatales –altos funcionarios, diplomáticos y miembros de las fuerzas armadas–, que se pasaron al lado de la revuelta. Prácticamente el país quedó dividido en dos grandes zonas, una bajo el mando gubernamental en la parte más occidental –Tripolitana– y otro bajo el mando rebelde en la más oriental –Cirenaica–. A diferencia de lo acontecido en Egipto y Túnez, con expresiones relativamente más pacíficas o menos violenta, en Libia se registró una creciente espiral de violencia. En un primer momento se adoptó en febrero de 2011 la resolución 1970, que imponía sanciones económicas sin ninguna referencia a la fuerza militar. Pero inmediatamente después, en marzo de 2011, el Consejo de Seguridad adoptó la resolución 1973 para imponer una zona de exclusión aérea y, en este sentido, ejercer el “derecho a proteger”. Semejante medida no fue ajena al creciente clima prebélico entre la insurgencia y las amenazas vertidas por Gadafi de arrasar las zonas rebeldes; además de las numerosas presiones –incluidas las de importantes países árabes– para que la ONU endureciera su posición.

Pese a sus discrepancias con el uso de la fuerza, Rusia se abstuvo en la votación en el Consejo de Seguridad, al igual que China, además de Brasil e India. La explicación que se ha dado a este comportamiento es que Moscú no deseaba tensar las relaciones con Washington, después de haberse reseteado con el inicio del mandato de Barack Obama. Otros factores que contribuirían a elaborar esta explicación tenían que ver con el carácter periférico que poseía Libia para Rusia; el poco aprecio del que gozaba Gadafi en el entorno árabe; y que la abstención permitía a Moscú salvar su posición. En concreto, apostaba por una ambigüedad calculada que, independientemente del resultado, no lesionaba sus relaciones con Libia tanto si se mantenía el régimen –de una forma u otra– como si surgía otro nuevo. El interés de Moscú era seguir manteniendo su presencia en Libia, donde poseía un apreciable mercado con importantes contratos valorados en torno a unos 2 billones de dólares<sup>34</sup>.

En suma, en este caso, Rusia primó sus relaciones con Occidente. Además, Libia no era un aliado tan importante y cercano como Siria. Por tanto, Moscú dio muestras de flexibilidad también por la poca relevancia que tenía Trípoli en comparación con la relación estratégica más estrecha que mantenía con Damasco. Su intento de mediación ante Gadafi para que cediera y abandonara el poder se vio frustrado, poniendo de relieve la escasa influencia que ejercía en el país. Sin embargo, no por ello dejó de expresar su malestar con la política adoptada por los Estados occidentales y la OTAN. Desde su concepción *moderna* de la soberanía nacional, discrepaba de lo que consideraba como una auténtica injerencia en los asuntos internos de otro Estado. Más aún si se recurría al uso de la fuerza para propiciar un cambio de régimen, interviniendo en favor de un bando o, dicho a la inversa, en contra de otro, violando la soberanía nacional y rebasando incluso el propio mandato de la resolución 1973 (2011).

En el seno de la elite política rusa también se registraron algunas desavenencias sobre dicha resolución. Aparentemente las discrepancias entre Medvédev y Putin respondían a esta materia de política exterior, pero no era menos cierta la rivalidad en la política interior por la proximidad de las elecciones presidenciales en 2012. Más allá de estas diferencias, ambos mandatarios insistían en el carácter contraproducente de la intervención militar de la OTAN. Temían que propiciaría un foco de atracción para la reemergencia yihadista con efectos desestabilizadores para toda la región. La deriva de los acontecimientos en Libia y, en general, en la región reforzó la visión más pesimista predominante en Moscú, que sospechaba que a medida que avanzaban las revueltas se incrementaba el riesgo de radicalización.

De hecho, la precipitada y pésima planificación de la intervención de la OTAN, sin advertir ni prever “el día después”, fue reconocido por el propio presidente Obama como uno de los peores errores cometidos por su administración en política exterior<sup>35</sup>. En el

---

<sup>34</sup> Según sostienen algunas fuentes, véase DANNREUTHER, R., “Russia and the Arab Revolutions”, *Russian Analytical Digest*, nº 98, 6 July 2011, pp. 2-4, disponible en <http://www.css.ethz.ch/content/dam/ethz/special-interest/gess/cis/center-for-securities-studies/pdfs/RAD-98-2-4.pdf>

<sup>35</sup> En entrevista realizada por GOLDBERG, J., “The Obama Doctrine”, *The Atlantic*, 2016, <http://www.theatlantic.com/magazine/archive/2016/04/the-obama-doctrine/471525/>

plazo de una década, Estados Unidos se había embarcado en tres proyectos de cambio de régimen en Afganistán (2011), Irak (2003) y Libia (2011) sin advertir ni planificar o tratar de gestionar sus consecuencias. Patrick Cockburn recuerda cómo en el caso de Irak resultaba “(...) increíble que Estados Unidos haya pasado tanto tiempo planificando la campaña militar y haya prestado tan poca atención a las consecuencias políticas que eran de prever dentro de Iraq”<sup>36</sup>.

El problema no residía tanto en ganar la guerra, desalojando del poder a los talibanes, a Saddam Hussein y a Muamar el Gadafi, como en lograr la estabilización política y la consolidación de la paz durante el delicado periodo del postconflicto. Semejante empresa era más ardua y compleja que el propio campo de batalla, pues no sólo había que consolidar la paz *–peacebulding–*, sino también centrarse en la construcción nacional *–nationbulding–*. Por lo general, este enorme desafío se complicaba aún más por producirse en medio de una feroz competición y división étnica, confesional, regional y también tribal, que en no pocas ocasiones son retroalimentadas desde el exterior por diferentes actores, estatales y transnacionales, que fragmentan y complejizan todavía más la situación.

Asumir semejantes costes no parecía estar presente en la agenda estadounidense y europea, sin tropas sobre el terreno. Oficial e inicialmente la campaña de la OTAN era proteger a los civiles de las amenazas del gobierno libio. Pero desde el primer momento era obvio que su objetivo iba mucho más allá, abarcaba también el cambio de régimen, sin asegurarse una alternativa sólida *–más allá de una heterogénea y endeble oposición–* ni querer asumir transitoriamente ese cometido. En Libia existía una fusión nepotista entre régimen y Estado, en consecuencia, una vez derrotado el régimen también se desintegró el Estado. El país quedó en manos de las descontroladas milicias, pasó a ser un Estado fallido, que atrajo e incentivó las franquicias yihadistas de Al Qaeda y, en particular, de Dáesh.

El precedente de Libia fue fundamental en la posición que adoptó Rusia en Siria. Consideraba que no se podía permitir que el escenario libio se reprodujera en Siria y, por tanto, quería prevenirlo. En definitiva, como señala Roland DANNREUTHER, Moscú entendía que lo que estaba en juego en Siria era esencial para la configuración de un modelo que, sin duda, sería clave para futuras intervenciones ante situaciones semejantes en el sistema internacional y, en particular, en el entorno más inmediato de Rusia y área de su interés<sup>37</sup>.

---

<sup>36</sup> COCKBURN, P., *La era de la Yihad. El Estado Islámico y la guerra por Oriente Próximo*, Capitán Swing, Madrid, 2016, p. 75.

<sup>37</sup> DANNREUTHER, R., “Russia and the Arab Spring: Supporting the Counter-Revolution”, *Journal of European Integration*, vol. 37, nº 1, 2015, pp. 77-94 (84).

#### IV. RUSIA Y LA PRIMAVERA ÁRABE EN SIRIA

La historia no parece respetar la arrogancia. Una conclusión semejante se extrae al contrastar las declaraciones de Bashar al Assad de que la *Primavera Árabe* no afectaría a Siria y la sucesión de movilizaciones que se produjeron en el país desde marzo de 2011<sup>38</sup>. La férrea represión desatada por el régimen desde el primer momento no logró, sin embargo, disuadir a los manifestantes como en ocasiones anteriores; por el contrario, daba la impresión de que retroalimentaba las protestas en una creciente espiral de acción-represión-reacción y, así, de manera sucesiva, hasta desembocar en una confrontación civil que fue igualmente internacionalizada por la intervención –directa e indirecta– de diversos actores regionales y mundiales.

Siria, por tanto, no fue una excepción en este nuevo ciclo político que se abría en el mundo árabe, de pulso constante entre las fuerzas del cambio y las del inmovilismo. El país parecía reunir toda una serie de condiciones favorables para hacerse eco de este movimiento de protesta. Incluso podría afirmarse que la contestación política llevaba gestándose desde hacía una década como mínimo. El relevo en la cúpula de poder, con la muerte de Hafez al Assad y el ascenso de su hijo Bashar en el 2000, había suscitado entonces numerosas expectativas de cambio. En este clima surgió la denominada *Primavera de Damasco*, un movimiento de ebullición sociopolítica, integrado por diferentes grupos y personalidades de la oposición –desde izquierdistas, liberales e islamistas–, que reivindicaron mediante diferentes manifiestos y movilizaciones la apertura y reforma del régimen desde el modelo autoritario y unipartidista hacia otro democrático y pluralista<sup>39</sup>. Pero, rápidamente, las perspectivas sobre una transición liderada por el nuevo y joven presidente se vieron frustradas. Una oleada de represión apagó dicho movimiento con encarcelamientos, arrestos domiciliarios, coacciones y amenazas. Aunque, obviamente, no pudo extinguir los deseos de terminar con tan alargada dictadura.

Visto desde esta perspectiva histórica, no debería resultar extraño que las revueltas árabes encontraran su correspondiente eco en Siria. Además de su mencionada trayectoria de movilizaciones durante la pasada década, se sumaban otros elementos igualmente condicionantes. Un componente acumulativo del descontento escapaba en principio al control del Gobierno, pues era fruto de cuatro años consecutivos de sequía en un país donde una buena parte de la población vivía –de manera directa e indirecta– del sector primario de la economía. Este problema, extensivo a otros países del entorno, se agravó en Siria no sólo por el volumen de población activa que implicaba, sino también, y no menos importante, porque –a diferencia de su padre– Bashar no había prestado suficiente atención al mundo rural; por el contrario, lo había menospreciado y abandonado,

---

<sup>38</sup> Véase “Interview With Syrian President Bashar al-Assad”, *The Wall Street Journal*, 31 January 2011.

<sup>39</sup> Sobre la Primavera de Damasco, véase ÁLVAREZ-OSSORIO, I., *Siria contemporánea*, Síntesis, Madrid, 2009, pp. 182-184; y YASSIN-KASSAB, R., y AL SHAMI, L., *País en llamas. Los sirios en la revolución y en la guerra*, Capitán Swing, Madrid, 2017, pp. 41-65.

centrando sus esfuerzos modernizadores en el escaparate de los centros urbanos. Una buena parte de la mano de obra liberada en las zonas rurales emigró a las grandes urbes en busca de nuevas oportunidades, pero las limitaciones de la economía siria para su absorción frustraron esas expectativas.

A este significativo malestar, en el mismo ámbito socioeconómico se sumaron otros derivados del negativo impacto social que se había cobrado la liberalización económica, la suspensión de los subsidios estatales y, en suma, las políticas neoliberales. El resultado fue un incremento del desempleo y la pobreza entre las clases medias y menos pudientes, además de la desigualdad e injusticia social. Estos elementos casaban mal con las prácticas institucionalizadas de nepotismo, corrupción y enriquecimiento desahogado de las elites del poder. El panorama político no era precisamente mejor. Como sucedía en otros países del entorno, la liberalización en la esfera económica no se reproducía en la política. Por el contrario, su sistema político permanecía herméticamente cerrado, renovándose generacionalmente en el nuevo mandatario y, asimismo, prolongándose las perspectivas de nuevas décadas de dictadura, represión y clientelismo. El férreo control político, con su amenazante y disuasorio aparato represivo –detenciones, torturas y desapariciones era una práctica común–, no dejaba ningún espacio para la discrepancia, la oposición o el disenso. En consecuencia, tampoco había posibilidad alguna de renovación ni reforma de un régimen que se asentaba cada vez más en la coerción que en el consentimiento.

Las primeras protestas en Siria causaron gran inquietud en Moscú por la mayor cercanía de este país en el flanco geográfico a Asia central y al Cáucaso sur y norte, y en el político por ser la única alianza firme que mantenía Rusia en el mundo árabe. Desde esta óptica, Siria era un caso especial, percibido por Rusia de manera diferente al de los otros países árabes afectados por las revueltas. Su alianza se remontaba a la era soviética e incluso se había reforzado desde los años setenta, cuando el Egipto de Sadat se alejó de Moscú y se alineó con Washington. La deserción de Egipto había sido un duro revés para la Unión Soviética, que perdió a su más importante aliado regional; además de ser el país árabe más significativo, considerado como el auténtico epicentro del subsistema regional árabe. A esta pérdida, Moscú tuvo que encajar también su exclusión de los Acuerdos de Camp David (1978), del Tratado de Paz entre Egipto e Israel (1979) y, en suma, del copatrocinio diplomático en la mediación y resolución del conflicto árabe-israelí.

En esta dinámica de retroceso de la influencia política de Moscú en la región, se produjo –como se ha citado– la revolución iraní a principios de 1979 y, no ajeno a todos estos acontecimientos, la invasión soviética de Afganistán a finales del mismo año. Sin olvidar el gradual alejamiento del Irak de Saddam Hussein de la Unión Soviética desde 1978 en adelante. Fue durante esta convulsa década cuando la alianza entre Moscú y Damasco se vio reforzada. En cierto modo, Siria venía a reemplazar el rol que había desempeñado hasta entonces Egipto, aunque su peso regional no era equivalente al del país del Nilo. No obstante, la retirada de Egipto del frente de confrontación árabe con Israel otorgó a

Siria un mayor protagonismo, al menos en términos de imagen exterior y retórica nacionalista árabe<sup>40</sup>.

Pese a esta ubicación de Damasco en el campo nacionalista y, teóricamente, progresista durante la Guerra Fría, su intervención en un momento crucial de la guerra civil libanesa impidió el triunfo de las fuerzas de izquierda. El Gobierno sirio desconfiaba tanto de la opción progresista libanesa como de su aliado natural sobre el terreno, la OLP (Organización para la Liberación de Palestina). En concreto, temía alterar el equilibrio de poder regional y desafiar, así, sus acuerdos tácitos con Israel, que no cesaba en sus presiones para reducir el creciente reconocimiento internacional y capacidad de actuación e interlocución de la OLP. Paralelamente, al jugar la carta libanesa y palestina, el régimen de Damasco intentaba vertebrarse como un apreciado interlocutor en el espacio regional e internacional, en particular, ante Estados Unidos.

De lo expuesto hasta aquí se deduce que la alianza entre la Unión Soviética y Siria no estuvo exenta de algunas fricciones. Moscú había desaprobado su intervención en el Líbano y que, bajo la cobertura de Fuerza Árabe de Disuasión, integrada en un 90 por ciento por el ejército sirio, arremetiera contra la izquierda libanesa y la resistencia palestina en 1976. En un medio tan adverso e incluso hostil a la Unión Soviética como Oriente Medio, Siria era prácticamente el único asidero que le otorgaba cierta presencia regional. Aunque Moscú mantenía relaciones fluidas con otros Estados árabes como Libia e Irak –no exentas de altibajos, recelos y desconfianza–, tanto la naturaleza de esas relaciones bilaterales como el grado de confianza eran diferentes a las mantenidas con Siria. La disposición de ingentes recursos energéticos y económicos otorgaba a Bagdad y Trípoli una mayor autonomía en sus relaciones exteriores. Pese a que Damasco gozaba también de cierta autonomía, su relación con la Unión Soviética era más estrecha y estratégica, también su dependencia era mayor, sin menospreciar el interés soviético en conservar el vínculo sirio con Oriente Próximo.

La alianza entre Damasco y Moscú sobrepasó el fin de la Guerra Fría e incluso la propia desaparición de la Unión Soviética. El interés en conservar dicho nexo era mutuo. Los cambios operados en la estructura de poder del sistema internacional no alteraron sustancialmente la relación bilateral, pese a que también registraría algunos desencuentros puntuales<sup>41</sup>, no exentos entre Estados aliados al igual que durante el periodo anterior de predominio bipolar. De hecho, cabe destacar que tanto dichos cambios como, en particular, la apuesta unilateral y hegemónica de Washington en Oriente Medio contribuyeron, en no poca medida, a mantener viva e incluso reforzar esta alianza. El ejemplo más evidente fue a partir de la contestada intervención de Estados Unidos en Irak (2003).

---

<sup>40</sup> Sobre el rol regional del régimen sirio, véase TAWIL KURI, M., *Siria. Poder regional, legitimidad y política exterior, 1996-2015*, El colegio de México, Ciudad de México, 2016.

<sup>41</sup> Sobre los orígenes y evolución de la alianza entre Rusia y Siria, véase PRUDNIKOV ROMEIKO, V., “Una nueva fase en la cooperación militar estratégica entre Rusia y Siria”, en CONDE, G. (coord.), *Siria en el torbellino: Insurrección, guerras y geopolítica*, El Colegio de México, Ciudad de México, 2017, pp. 477-508.

Conviene tener en cuenta esta trayectoria cuando, años después, se producen las revueltas árabes y, en esta misma dinámica, la contestación política al régimen sirio. El carácter pacífico de las primeras manifestaciones en Siria no excluyó ni atenuó una respuesta gubernamental fuertemente represiva, cobrándose un número creciente de muertos, heridos, detenidos y desaparecidos. Paralelamente, el presidente Bashar al Assad anunciaba un paquete de reformas que no terminaba de concretar e implementar. Su credibilidad estaba bajo mínimos. No obstante, logró mantener un innegable apoyo entre las fuerzas armadas y de seguridad, que registró deserciones, sobre todo entre la tropa, pero no lo suficientemente significativas como para revertir la situación. Sin olvidar la nada despreciable base de apoyo social integrada por diferentes sectores sociales y algunas minorías confesionales ante la incertidumbre que suscita la creciente radicalización y sectarización del conflicto.

La propia configuración social siria, con importantes minorías étnicas y confesionales, fue una de las principales bazas jugadas por Damasco. El temor a que el sector islamista más radicalizado de la mayoría árabe suní se hiciera con el poder y adoptara una política revanchista frente a las otras minorías, en particular, la alauí, identificada como la política y militarmente dominante, contribuyó a granjear apoyos de otras minorías. El precedente de lo sucedido en Irak, donde la minoría suní, históricamente asociada al poder, ha sido objeto de una sistemática discriminación y exclusión por el ascenso de la mayoría chií al Gobierno, contribuía a reforzar estos temores. Aún así, resulta pertinente subrayar que las minorías no son grupos homogéneos, con una posición y comportamiento sociopolítico común. Por el contrario, registran divisiones y actuaciones diferentes. En todas existen sectores progubernamentales, pero también otros críticos y opositores. Sin olvidar que la mayoría de sus integrantes no necesariamente tiene que estar al lado de los rebeldes o del Gobierno, también cabe contemplar que no esté ni con unos ni con otros<sup>42</sup>.

A esta política del miedo se sumó la descalificación de las fuerzas de oposición, catalogadas de manera genérica como terroristas o yihadistas. La efectividad de este discurso no fue del todo ajeno a la propia fragmentación y heterogeneidad de las fuerzas integrantes de la oposición siria que, desde el primer momento, mostraron una reiterada incapacidad para articularse de manera unificada, con un programa y estrategia común. Esta amalgama de personalidades y grupos se vio desvirtuada por la entrada en escena de fuerzas yihadistas, ya fueran de cuño propiamente sirio –como el Frente al Nusra, vinculado a la red de Al Qaeda y renombrado posteriormente, en 2016, como Frente *Fatah Al-Sham*– o foráneas –como Dáesh–. Sin olvidar el decisivo apoyo exterior otorgado a las diferentes fuerzas de la oposición y grupos salafistas, e incluso yihadistas, por distintos actores regionales como Arabia Saudí, Catar, Emiratos Árabes Unidos y Turquía, e internacionales como Estados Unidos, el Reino Unido o Francia, principalmente.

---

<sup>42</sup> Véase FAHMI, G., “Most Syrian Christians Aren’t Backing Assad (or the Rebels)”, disponible en [https://www.chathamhouse.org/expert/comment/most-syrian-christians-aren-t-backing-assad-or-rebels?utm\\_source=Chatham%20House&utm\\_medium=email&utm\\_campaign=7861346\\_CH%20Newsletter%20-%202022.12.2016&utm\\_content=Christians-Title&dm\\_i=1S3M,4OHUQ,NUSHVO,HHFCA,1](https://www.chathamhouse.org/expert/comment/most-syrian-christians-aren-t-backing-assad-or-rebels?utm_source=Chatham%20House&utm_medium=email&utm_campaign=7861346_CH%20Newsletter%20-%202022.12.2016&utm_content=Christians-Title&dm_i=1S3M,4OHUQ,NUSHVO,HHFCA,1)

Las dudosas credenciales democráticas de unos y el apoyo sistemático e histórico a las dictaduras de otros ponían de manifiesto que, lejos de apoyar una agenda realmente democratizadora, dichas potencias buscaban un cambio de régimen. Esto no implicaba que su prioridad fuera el establecimiento de un régimen democrático o su refundación sobre las bases de un Estado de derecho. Todo indicaba que su principal interés era de orden más geoestratégico, de contener e incluso reducir la proyección regional que protagonizaba Irán desde la contraproducente intervención angloestadounidense en Irak (2003). La evidente influencia de Teherán en Bagdad, Damasco e incluso parcialmente en Beirut había sido una de las consecuencias imprevistas y no deseadas del cambio de régimen y desmantelamiento del Estado iraquí.

Semejante escenario dejaba abierta la pugna por el predominio regional, principalmente entre Arabia Saudí e Irán. Sin ocultar el interés de otras potencias regionales como Turquía, acusada de ensoñaciones neootomanas, además de limítrofe con Siria e inquieta por el creciente empoderamiento y futura articulación política de la minoría kurda. Aquí el precedente de lo sucedido en Irak, con la fragmentación del país y la emergencia del Kurdistán iraquí como un Estado *de facto* en la práctica, también era un factor a tomar en cuenta. En septiembre de 2017 se convocó un referéndum de autodeterminación con un resultado mayoritariamente favorable a la independencia, con un apoyo del 92,73 por ciento en una participación del 72,16. Pese a este esperado respaldo popular, no es menos conocida la oposición de los Estados que albergan a una importante minoría kurda como Turquía e Irán, junto al propio Irak y Siria. Tres semanas después del referéndum, el ejército iraquí tomó Kirkuk sin encontrar resistencia. Se abrió, así, un nuevo frente de inquietud en una región sobresaturada de constantes convulsiones.

En esta tesitura, de creciente internacionalización del conflicto, Damasco acusó a las potencias regionales y mundiales adversas de injerencia en sus asuntos internos y de apoyar el terrorismo. Este discurso no gozó, en principio, de mucha credibilidad por cuanto el término terrorista, empleado a modo de cajón de sastre, englobaba tanto a los grupos salafistas y yihadistas como a todas las fuerzas de la oposición que se sublevaron y tomaron las armas. Sin embargo, este mensaje comenzó a adquirir un creciente eco en la sociedad internacional en la misma medida en que se radicalizaban algunos grupos rebeldes, entraba en escena Dáesh y, en particular, sus ataques terroristas rebasaron Siria en Irak. Los atentados perpetrados por franquicias locales o individuos que juraban lealtad a Dáesh se reprodujeron en otros países árabes y del entorno como Turquía e Irán; además de Estados Unidos, Rusia y varios Estados europeos.

La estrategia auspiciada por al Assad para confesionalizar el conflicto y presentarlo como una guerra contra el terrorismo obtuvo sus dividendos. Su Gobierno se presentaba como una garantía del equilibrio interconfesional e intercomunitario, en el que las diferentes minorías estaban a salvo de la probable tiranía de la comunidad y confesión mayoritaria si accedía al poder. Del mismo modo, se exponía su presidencialismo autoritario como la opción “menos mala” ante la inminente amenaza del triunfo del salafismo y yihadismo.

Desde la perspectiva gubernamental no había fuerzas rebeldes moderadas, lo contrario era una ilusión óptica de las potencias occidentales, “un mito”<sup>43</sup>. Pero incluso aunque se aceptara hipotéticamente la existencia de una alternativa opositora moderada, nada parecía indicar que fuera la opción más sólida y mayoritaria entre las fuerzas rebeldes; por el contrario, parecía ser justo la más endeble y minoritaria, anegada por una amalgama de grupos islamistas radicales y violentos. En esta tesitura, Bashar al Assad era la opción más óptima entre las disponibles. Esto es, la mejor garantía para contener la radicalización y el terrorismo, además de preservar el orden y la estabilidad. Al fin y al cabo, no sería la primera vez que las potencias occidentales apoyaban a un dictador a mantenerse en el poder ante una amenaza mayor<sup>44</sup>.

Rusia fue la principal potencia internacional en hacerse eco de este discurso e incluso hacerlo suyo. Su oposición a la política occidental de cambio de régimen en Siria fue diáfana desde el primer momento. Además de afectar a sus intereses en la región, consideraba que dicho cambio terminaría alterando el equilibrio existente entre minorías y mayoría, abocando al país a un inevitable conflicto intercomunitario e interconfesional semejante al de Irak tras la invasión estadounidense en 2003 o al del Líbano en los años setenta.

Durante los primeros meses, Moscú se limitó a solicitar a Damasco la puesta en marcha de reformas que dieran respuesta a las exigencias de los manifestantes y apaciguar sus protestas. En abril de 2011, el titular de Exteriores ruso, Sergei Lavrov, se mostraba convencido de que sólo un diálogo constructivo y reformas de carácter político, social y económico podrían llevar la estabilidad a Siria<sup>45</sup>. Los dirigentes rusos intentaron convencer a al Assad para que adoptara algunas medidas como integrar en los órganos de Gobierno a opositores moderados que exigían cambios políticos y, sobre todo, que se pusiera fin al estado de terror impuesto por el régimen. Pero al Assad desoyó estos consejos y no cambió el método que había escogido para acallar las protestas desde su inicio: continuó utilizando la violencia de forma desmedida y maniobrando para dividir a la población con el objetivo de sembrar el caos y sectarizar el conflicto. Como recuerda Gilberto CONDE, la cúpula del poder sirio se enfrentó al dilema de asumir las reformas demandadas y, en consecuencia, arriesgarse a perder el poder ya fuera de manera parcial o total; o bien acallar las protestas mediante la represión, con el riesgo de derivar en una violenta confrontación civil<sup>46</sup>.

Pese a la intransigencia del régimen, las llamadas de Moscú a la moderación y al diálogo no se tradujeron en ningún tipo de presión efectiva sobre Damasco como, por ejemplo, cortarle el suministro de armamento o bien acoger a un sector de la oposición como vía

---

<sup>43</sup> Término empleado por el presidente Assad durante una entrevista con la televisión danesa (TV 2) en octubre de 2016, disponible en <http://sana.sy/en/?p=89763>

<sup>44</sup> Entre los autores que recogen este razonamiento, véase Gwynne DYER, G., *Que no cunda el pánico. Respuesta al terrorismo del Estado Islámico*, Librobooks, Barcelona, 2016, pp. 206-207.

<sup>45</sup> Véase “Syria uprising: Snipers fire from rooftops on funeral march”, *The Telegraph*, 23 April 2011, disponible en <http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/middleeast/syria/8469696/Syria-uprising-Snipers-fire-from-rooftops-on-funeral-march.html>

<sup>46</sup> CONDE, G., “Génesis del torbellino sirio: insurrección, represión y guerras”, en CONDE, G. (coord.), *op. cit.*, pp. 31-56 (37).

para obligar a al Assad a negociar una salida. Tampoco tras el presunto ataque del Ejército sirio con armas químicas –gas sarín– el 21 de agosto de 2013 en Guta, zona rural situada a las afueras del Damasco, con el resultado de 1.466 muertes. Por el contrario, la diplomacia rusa actuó con mucha agilidad e ingenio para, primero, evitar una intervención militar directa de Washington sobre Damasco, con las consecuencias que ello podría haber supuesto para el futuro del país y su alianza; segundo, impedir que esas armas químicas no cayeran en manos de la oposición o incluso de Dáesh o al-Nusra ante la creciente debilidad del Gobierno sirio; y, tercero, negociar con Estados Unidos y otras potencias occidentales sobre un tema de honda preocupación que, a su vez, permitiría sortear el aislamiento internacional de Moscú tras las sanciones por anexionarse Crimea (2014) e instigar a un movimiento separatista en el este de Ucrania.

En suma, Moscú decidió apoyar de manera comprometida al Gobierno sirio en todos los frentes. Esta apuesta no estaba exenta de costes en sus relaciones con los países occidentales, que no pasaban por el mejor momento debido al mencionado conflicto en Ucrania, ni con los Estados árabes, en particular, los de la región del Golfo. En un primer momento, hasta septiembre de 2015, Moscú se limitó a conceder apoyo militar y protección diplomática al régimen sirio. Durante los primeros años del conflicto, el Kremlin colaboró con la ONU para buscar un acuerdo de paz participando en el Plan Annan (junio de 2012), y en las diferentes conferencias de Ginebra celebradas bajo los auspicios de la ONU y el copatrocinio de Estados Unidos. Sin embargo, a finales de septiembre de 2015 las autoridades rusas dieron un salto cualitativo al iniciar los bombardeos sobre las posiciones rebeldes.

Esta decisión se adoptó ante el peligroso cariz que adoptaba la guerra para la supervivencia del régimen, con una creciente pérdida de territorio y debilidad gubernamental. El retroceso de las fuerzas gubernamentales sirias era evidente, incapaz de soportar el empuje ofensivo de los diferentes grupos, poniendo cada vez más en riesgo la capital, Damasco, y la parte más occidental del país. Durante el verano de 2015 las fuerzas opositoras se aproximaron a las ciudades del noroeste sirio, bastión de los Assad, amenazando la provincia de Latakia, cuya caída constituiría un desastre para su Gobierno que, en septiembre, sólo controlaba menos del 25 por ciento del territorio del país.

Según la agencia de noticias Reuters, a comienzos de ese año el ministro de Asuntos Exteriores iraní expuso a Vladimir Putin la posibilidad de intervenir militar y directamente en Siria. Esta opción comenzó a gestarse desde finales de julio 2015, cuando uno de los generales clave del cuerpo de élite de la Guardia Revolucionaria de Irán, Qasem Suleimani, se reunió en Moscú con Putin y el ministro de Defensa ruso, y advirtió de la complicada situación militar sobre el terreno ante el avance de las fuerzas rebeldes<sup>47</sup>. A su vez, en julio de ese mismo año, Turquía y Estados Unidos alcanzaron un acuerdo de cooperación para luchar contra Dáesh. Además de incluir la creación de una zona de exclusión aérea de unos 90 kilómetros de extensión a lo largo de la frontera turco-siria y de 60 kilómetros hacia el interior sirio, Ankara permitía que los aviones de combate

---

<sup>47</sup> BASSAM, L., y PERRY, T., “How Iranian general plotted out Syrian assault in Moscow”, *Reuters*, 6 June 2015, disponible en <https://www.reuters.com/article/us-mideast-crisis-syria-soleimani-insigh/how-iranian-general-plotted-out-syrian-assault-in-moscow-idUSKCN0S02BV20151006>.

estadounidenses utilizaran la base de Incirlik, al sur de Turquía, para atacar a los grupos yihadistas. Moscú interpretó que este acuerdo era similar a los precedentes en los casos de Irak y Libia, donde se buscaba el cambio de régimen<sup>48</sup>.

Desde el inicio de su intervención, donde primero centró sus ataques la aviación rusa fue en las zonas del noroeste sirio, sobre todo en la provincia de Idlib y al norte de Hama, controladas por grupos opositores y no en las posiciones de Dáesh. Las razones de esa acometida descansaba en que los grupos de oposición, apoyados económica y militarmente por Turquía, Arabia Saudí y Catar, poseían una mayor capacidad de amenaza del régimen y, prácticamente, la única alternativa para formar una coalición de Gobierno en Siria. Sin olvidar que, junto al apoyo de las mencionadas potencias regionales, también contarían con el respaldo de Estados Unidos y, en consecuencia, no tendrían en cuenta los intereses rusos en el país. De este modo, Moscú priorizó la protección de la parte más occidental de Siria, entre la costa y el eje Damasco–Homs–Hama–Alepo, una reducida porción de territorio donde se concentran los intereses vitales de Rusia como la base de Tartus y los yacimientos gasísticos del Mediterráneo próximos a la costa siria. El resto del territorio, según ÁLVAREZ-OSSORIO, tan solo es importante si garantiza la profundidad estratégica de esta mini-Siria bajo protección rusa<sup>49</sup>.

## **V. A MODO DE CONCLUSIÓN: ¿POR QUÉ INTERVIENE RUSIA EN SIRIA?**

La intervención de Rusia en Siria ha abierto un amplio abanico de preguntas. ¿Por qué se ha involucrado tanto hasta llegar incluso a la implicación militar en dicho conflicto, una acción sin precedentes, salvo por la lejana invasión soviética de Afganistán (1979) en unas circunstancias y entorno regional e internacional diferentes a los actuales? ¿Tan importante es la alianza de Siria para Rusia? ¿En un balance de costes y beneficios compensaba a Moscú semejante apuesta? ¿No resultaba más rentable acomodarse a la predominante posición occidental y árabe como hizo en la mayoría de los casos afectados por las revueltas: en Túnez, Egipto, Yemen, Bahréin e incluso, con ciertas reticencias, en Libia? En aras de comprender este comportamiento, cabe agrupar las respuestas a dichas preguntas siguiendo tres dimensiones: la internacional, la nacional y la regional o local.

En el *espacio internacional*, de manera inmediata, la prioridad de Rusia era frenar toda tentativa de rediseñar un modelo de “intervención humanitaria” que, asentado en el “derecho a proteger”, asumía en la práctica la política de cambio de régimen. En cualquiera de sus facetas, estas conductas eran consideradas como una injerencia en los asuntos internos de los Estados y, por tanto, calificadas como una flagrante violación de la concepción moderna de la soberanía nacional. Es más, desde el punto de vista de Moscú, muy sensibilizado por el precedente de las revoluciones de colores en el espacio postsoviético, y el más reciente de la intervención de la OTAN en Libia, que se produjera una intervención en Siria equivalía a acuñar un modelo de referencia para futuras

---

<sup>48</sup> MINASYAN, S., “The Syrian Gambit”, *Russia in Global Affairs*, nº 4, 2015, disponible en <http://eng.globalaffairs.ru/number/The-Syrian-Gambit-17874>

<sup>49</sup> ÁLVAREZ-OSSORIO, I., “Los pretextos de Rusia en Siria”, *El País*, 8 de octubre de 2015.

intervenciones en otras áreas geopolíticas, incluida la del entorno contiguo de Rusia, reservado a su tradicional influencia. Desde esta óptica, por tanto, impedir una injerencia militar en Siria era un asunto que, a medio o largo plazo, afectaba de lleno a su espacio colindante y, por extensión, a su seguridad nacional.

En colación con este tipo de intervenciones, Moscú apreciaba que la política de cambio de régimen adoptada por Washington sólo empeoraba la situación, causaba más problemas de los que realmente resolvía, si es que lograba solucionar alguno como apostillaban las voces más críticas. El caso de Irak era el más ilustrativo, al que se sumaba ahora el de Libia. Sin olvidar que, en lugar de propiciar beneficios y crear nuevas oportunidades, incrementaba los costes y daba lugar a nuevos riesgos y amenazas. En particular, las situaciones de caos y Estados fallidos eran las más propicias para atraer o fomentar la insurgencia y el terrorismo de corte yihadista, como se había puesto de manifiesto desde hacía tiempo en Afganistán; y terminaban afectando a otros países del entorno e incluso a los más lejanos y poderosos, como mostraron los ataques terroristas del 11-S en Estados Unidos. Las intervenciones de ejércitos foráneos provocaban la insurgencia o resistencia nacionalista y, en no pocos casos, se transformaban también en un polo de atracción, reclutamiento y vivero de combatientes yihadistas. En algunas ocasiones se establecían alianzas tácitas entre ellas e incluso podían fusionarse: en Irak diversos grupos yihadistas y antiguos sectores del régimen de Saddam propiciaron la formación del Dáesh<sup>50</sup>.

Seguidamente, en este mismo ámbito de análisis de la dimensión internacional, se buscaba reafirmar el ascenso de Rusia como una potencia mundial y su reconocimiento internacional en esos mismos términos. Semejante objetivo ha sido una constante de la política exterior rusa a lo largo de la posguerra fría, en particular, a partir de 1996 con el giro que se impone tras la llegada de Primakov a la cartera de Asuntos Exteriores. Desde entonces Rusia busca restituir y ver reconocida su condición de gran potencia en la estructura de poder del sistema mundial posterior al fin de la Guerra Fría y la desaparición de la Unión Soviética que, de algún modo, compensara la pérdida de su anterior categoría y jerarquía como superpotencia. De hecho, otorgó a este objetivo una máxima prioridad, equivalente a la “supervivencia de su Estado”<sup>51</sup>, reiterando esta idea y el trato correspondiente<sup>52</sup>.

Este objetivo no puede disociarse de otro, el de contener y erosionar la hegemonía estadounidense, en la medida en que es percibido como la otra cara de la moneda, por cuanto se complementa con el propósito ruso de recuperar y consolidar su estatus de gran

---

<sup>50</sup> Entre la creciente bibliografía especializada sobre la emergencia de este grupo, véase, sin ánimo exhaustivo, COCKBURN, P., *ISIS. El retorno de la yihad*, Ariel, Barcelona, 2014; MARTÍN, J., *Estado Islámico. Geopolítica del caos*, 6ª edición actualizada y ampliada, Los Libros de La Catarata, Madrid, 2017; GERGES, F. A., *ISIS: A History*, Princeton University Press, Princeton, 2016; y SOUFAN, A., *Anatomy of Terror: From the Death of bin Laden to the Rise of the Islamic State*, W. W. Norton & Company, New York, 2017.

<sup>51</sup> RENZ Bettina y SMITH Hanna, *Russia and hybrid warfare –going beyond the label*, *Papers Aleksanteri*, nº 1, 2016, p. 20.

<sup>52</sup> DE PEDRO, N., “Descifrando la diplomacia de Putin, ¿Qué quiere Rusia?”, *Beerderberg Magazine*, nº 9, 2016, p. 38, disponible en <http://beerderberg.es/descifrando-la-diplomacia-de-putin-que-quiere-rusia/>

potencia. En particular, se buscaba sujetar y reducir el predominio geoestratégico ejercido por Estados Unidos en Oriente Medio desde prácticamente la Segunda Guerra Mundial y que, con algún breve intervalo de limitada presencia soviética, se vio reforzado tras el fin de la Guerra Fría y la desaparición de la Unión Soviética. En esta tesitura, una potencial intervención estadounidense o de la OTAN en Siria alteraba de manera sustancial el equilibrio de poder regional en favor de la apuesta hegemónica estadounidense en el subsistema internacional de Oriente Medio y, por extensión, en el propio sistema mundial.

Desde este prisma, la fase unipolar posterior a 1991 ha concluido y, en su lugar, se asiste a una reconfiguración del sistema internacional. En este nuevo escenario, Rusia y Estados Unidos rivalizan por definir sus roles; y es en el que cabe ubicar el conflicto en el este de Ucrania, en Crimea y en Siria. Desde la óptica estadounidense y europea, tras el colapso de la Unión Soviética, su Estado heredero –Rusia– no se ha integrado como potencia regional en el orden internacional liderado por Washington. En cambio, desde el punto de vista ruso, su posición de subordinación es fruto del empeño estadounidense por evitar que Moscú recupere su anterior estatus internacional<sup>53</sup>; y sólo desempeñe el papel de convidado de piedra, prestando su apoyo externo, pero sin ser invitado a entrar en el edificio<sup>54</sup>.

En esta tesitura, los potenciales avances estadounidenses en la región eran percibidos en detrimento de cierta presencia rusa y de la recuperación de dicho estatus. Con este propósito su intervención en Siria remite un mensaje a las potencias occidentales mostrando algunas líneas rojas: no permitir que los intereses de su país sean ignorados ante la resolución de los grandes problemas globales. Esto es, no desea que los precedentes de Yugoslavia (década de los 90), Kosovo (1999), Irak (2003) o Libia (2011) se repitan y tomen cuerpo de ley en la sociedad internacional de Estados. Por el contrario, lejos de ser ignorada como ocurrió en estos casos, Moscú demanda que sus criterios sean tenidos también en cuenta por Washington y Bruselas.

Desde este ángulo de la competición internacional, el conflicto sirio es interpretado por el Kremlin como un pulso para privar a Estados Unidos y sus respectivos aliados de una nueva victoria diplomática sobre Moscú. En esta dinámica, su apuesta en Siria supone un paso más en el ascenso del poder global. Más que un fin en sí mismo, Siria parece ser un medio en la consecución de un objetivo mucho más ambicioso. La estrategia rusa en Oriente Medio persigue granjearse cierta influencia –mejorando sus relaciones con aliados tradicionales de Estados Unidos– con objeto de acumular poder en el sistema internacional y hacerlo valer en las situaciones que considere oportunas.

Más allá de sus objetivos inmediatos en Siria –desde garantizar la supervivencia del régimen hasta mantener su presencia política, diplomática, militar, económica y comercial en Oriente Medio–, Rusia busca reafirmar que el funcionamiento del sistema

---

<sup>53</sup> LUKYANOV, F., “Putin’s foreign policy”, *Russia in Global Affairs*, 4 May 2016, disponible en <http://eng.globalaffairs.ru/redcol/Putins-Foreign-Policy-18133>

<sup>54</sup> GLEB, P., “Cómo mal interpreta el mundo occidental a Rusia”, en KRASTEVA, I., LEONARD, M., y WILSON, A. (eds.), *¿Qué piensa Rusia?*, European Council on Foreign Relations y Fundación CIDOB, Barcelona, 2009, p. 101.

internacional se asiente en el respeto de la soberanía nacional, sin injerencias en los asuntos internos de otros Estados o, en su caso, contar con la aprobación del Consejo de Seguridad para el uso de la fuerza en situaciones de conflicto. Su deseo de ejercer como gran potencia mundial, por tanto, no se reduce a Siria o al espacio postsoviético, sino también busca extenderse a las grandes decisiones mundiales. Lejos de una estrategia de confrontación o aislamiento, Moscú ambiciona la aceptación y participación en el núcleo central de las principales potencias mundiales.

En estas consideraciones, Rusia no parece estar sola del todo. Su posición es igualmente compartida por China en el mismo Consejo de Seguridad de la ONU, aunque con menor visibilidad que la desplegada por la diplomacia rusa, pese a ejercer también Pekín el derecho al veto. Ambas potencias, junto a otras emergentes, consideran que el mundo no puede ser gobernado de manera unilateral por una sola potencia. Por el contrario, apuestan por un sistema internacional multipolar, en el que se tenga en cuenta su presencia, criterios e intereses.

En el segundo ámbito, el *espacio nacional*, Moscú se mostraba particularmente sensible en materia de seguridad ante la amenaza del islamismo radical y el terrorismo yihadista, que había sufrido en el propio país y que aún se mantenía latente dentro de las fronteras rusas, en particular, en algunas zonas del Cáucaso norte y en ciertas áreas de su entorno más inmediato de Asia central y el Cáucaso sur. No menos importante era el carácter transnacional de las principales organizaciones yihadistas como Al Qaeda o Dáesh, que invitaban o atraían a combatientes de diferentes nacionalidades –*foreign fighters*– a sumarse a nuevos frentes o focos de insurgencia.

En este contexto, el flujo de yihadistas desde Rusia, el Cáucaso sur y Asia central hacia Siria –y algo menos a Irak– ha sido una constante. Muchos de estos combatientes lucharon en Chechenia y tienen entre sus objetivos hacer crecer el Emirato del Cáucaso proclamado en 2007. Algunas fuentes documentan que, después de la tunecina y la saudí, la rusa era la tercera nacionalidad que más combatientes extranjeros había aportado hasta diciembre de 2015; y que el ruso es la tercera lengua más utilizada por Dáesh en sus campañas propagandísticas, después del árabe y el inglés<sup>55</sup>. Por tanto, se consideraba primordial combatir a estos grupos yihadistas y, tanto mejor, cuanto más lejos de Rusia y de su entorno se produjera ese combate. Algunos expertos sospechan incluso que Rusia pudo haber dejado salir a muchos de estos yihadistas desde su territorio hacia Siria para alejarlos lo máximo posible del Cáucaso norte<sup>56</sup>. De algún modo, se temía que la caída

---

<sup>55</sup> Véase informe elaborado por THE SOUFAN GROUP, *Foreign Fighters. An Updated Assessment of the Flow of Foreign Fighters into Syria and Iraq*, 2015, disponible en [http://soufangroup.com/wp-content/uploads/2015/12/TSG\\_ForeignFightersUpdate3.pdf](http://soufangroup.com/wp-content/uploads/2015/12/TSG_ForeignFightersUpdate3.pdf)

<sup>56</sup> Véase al respecto SOKIRIANSKAYA, E., “Russia’s North Caucasus insurgency widens as ISIS foothold grows”, *World Politics Review*, 12 April 2016, disponible en <https://www.worldpoliticsreview.com/articles/18466/russia-s-north-caucasus-insurgency-widens-as-isis-foothold-grows>; TSvetkova, M., “How Russia allowed homegrown radicals to go and fight in Syria”, Reuters, 13 May 2016, disponible en <http://www.reuters.com/article/us-russia-militants-specialreport/special-report-how-russia-allowed-homegrown-radicals-to-go-and-fight-in-syria-idUSKCN0Y41OP>; y GOBLE, P., “Novaya Gazeta - FSB helps islamists from Russia go to Syria, only worried when they come back”, *The Interpreter*, 31 July 2015, disponible en

del régimen sirio en favor de las opciones más radicales y yihadistas reforzaría sus posiciones y animaría a apuntar hacia el Cáucaso ruso.

Si bien hasta ahora Rusia ha logrado alejar a los extremistas de su territorio, reducir considerablemente el número de atentados desde 2004 y arrinconar al Emirato del Cáucaso, no es menos cierto que la raíz del problema y la insurgencia continúan sin una resolución definitiva. Dáesh tiene células establecidas en Rusia, aunque los ataques que lanzan son de escasa dimensión debido, de momento, a los continuos arrestos de simpatizantes y colaboradores por las fuerzas de seguridad rusas<sup>57</sup>. Ante este escenario, Moscú se enfrenta a tres desafíos: evitar el retorno de los combatientes que luchan junto a Dáesh, desactivar su presencia en el Cáucaso norte y neutralizar por completo el Emirato del Cáucaso<sup>58</sup>.

No menos importante en este contexto, cabe recordar, es que buena parte de la inicial popularidad de Putin se debió precisamente a cómo afrontó el conflicto de Chechenia y la política antiterrorista; además de su oposición y rivalidad ante otras potencias occidentales, que parecen situar simbólicamente a Rusia en el lugar que considera le corresponde en el mundo<sup>59</sup>. Estos hechos no han sido, por otra parte, ajenos a la recreación de la identidad rusa postsoviética sobre unas bases marcadamente nacionalistas y populistas, e incluso religiosas. En consecuencia, la prevención y combate del terrorismo yihadista constituye una prioridad en su agenda de seguridad nacional. Desde esta perspectiva se observaba con creciente preocupación la evolución que adoptaban las revueltas árabes. En concreto, se temía una gradual radicalización ante el alejamiento de sus objetivos de cambio debido a la férrea represión de la que fueron objeto.

Finalmente, en el *espacio regional –o local–*, el interés que despierta Siria en Rusia posee diferentes aristas. En el terreno geoestratégico, cabe destacar las mencionadas bases naval y aérea en Tartus y Latakia, respectivamente. En particular, Tartus, es la única que posee en las aguas más templadas del Mediterráneo, hacia donde Rusia ha buscado una salida de manera constante a lo largo de su historia contemporánea. Sus instalaciones navales tienen un importante peso estratégico y operativo para Moscú: permite a su flota del mar Negro disponer de un puerto en el Mediterráneo y exhibir su poder o estatus de gran potencia. Es la única fuera del territorio postsoviético y, también, del mar Negro, Por tanto, a diferencia de la base de Sebastopol en Crimea, escapa al control de Turquía.

---

<http://www.interpretermag.com/novaya-gazeta-fsb-helps-islamists-from-russia-go-to-syria-only-worried-when-they-come-back/>

<sup>57</sup> VATCHAGAEV, M., “One year later: Islamic State continues to expand inside Russia”, *Eurasia Daily Monitor*, vol. 13, nº 73, 14 April 2016, disponible en <https://jamestown.org/program/one-year-later-islamic-state-continues-to-expand-inside-russia/>

<sup>58</sup> TER, M., “Emirato del Cáucaso, el otro frente de Rusia”, *Notes Internacionales CIBOD*, nº 129, 2015, disponible en

[https://www.cidob.org/publicaciones/serie\\_de\\_publicacion/notes\\_internacionales/n1\\_129\\_el\\_emirato\\_del\\_caucaso\\_el\\_otro\\_frente\\_de\\_rusia/el\\_emirato\\_del\\_caucaso\\_el\\_otro\\_frente\\_de\\_rusia](https://www.cidob.org/publicaciones/serie_de_publicacion/notes_internacionales/n1_129_el_emirato_del_caucaso_el_otro_frente_de_rusia/el_emirato_del_caucaso_el_otro_frente_de_rusia)

<sup>59</sup> LUKYANOV, F., “Putin’s Foreign Policy: The Quest to Restore Russia’s Rightful Place”, *Foreign Affairs*, vol. 95, nº 3, 2016, pp. 30-37.

Su importancia reside en la mejora de su posición en la región, en el fortalecimiento de su política exterior y de defensa, y en la asistencia técnica a la flota desplegada en el Mediterráneo, según recoge el portal de noticias ruso Sputnik<sup>60</sup>. Su pérdida supondría, según Jesús NUÑEZ VILLAVARDE, un revés muy significativo para quien pretende – mal que bien– cuestionar el liderazgo naval estadounidense en todos los océanos y mares, empezando por el Mediterráneo<sup>61</sup>. Actualmente, la base de Tartus es el principal punto de entrada de armamento ruso. Pese a su importancia, dicha base no supone un factor determinante para justificar por sí misma la intervención militar de Rusia en Siria, aunque sin duda es uno de los elementos contemplados en su estrategia.

No menos relevancia ha tenido el acuerdo cerrado a finales de 2013 por la empresa pública rusa SoyuzNefteGaz con Damasco para la prospección y explotación del gas durante los próximos veinticinco años en sus aguas –un área de 2.190 kilómetros cuadrados–; además de la construcción de gasoductos a lo largo del país para la comercialización del gas con destino a Europa procedente de Catar e Irán. Para David BUTTER, ninguno de estos supuestos son lo suficientemente relevantes para justificar la intervención armada de Rusia en Siria<sup>62</sup>. En cualquier caso, la importancia de este acuerdo, alcanzado en pleno conflicto como contrapartida al apoyo ruso, reside en el control del suministro de gas desde el Este del Mediterráneo, donde Rusia buscaría mantener cierto predominio. En este sentido, conviene recordar que los planes diseñados por Doha y Teherán no se han implementado hasta la fecha. El proyecto catari fue rechazado por Damasco debido a las presiones de Moscú, que veía amenazada su posición en el mercado europeo. En cambio, se aceptó el iraní, firmado en 2012 y pospuesto por la guerra, por cuanto Moscú espera controlar las cantidades remitidas a Europa<sup>63</sup>. La decisión final no parece recaer tanto en Siria como en Rusia, que vende el 80 por ciento del gas que produce a Europa, aunque sólo el 30 por ciento del gas consumido en Europa procede de Rusia. Se trata, por tanto, de evitar o neutralizar a posibles competidores. De este modo, mantener un régimen afín a Rusia en Siria –con o sin al Assad– supone que ningún gasoducto proveniente del Golfo arábigo-pérsico atravesará el territorio sirio con destino a Europa sin el consentimiento o condiciones de Moscú, despejando así una amenaza a las ventas de gas ruso en ese mismo mercado.

En el ámbito político, el decidido apoyo brindado al Gobierno sirio no sólo trataba de asegurar la supervivencia del único régimen árabe aliado que tenía en la zona y, así, mantener cierta presencia regional, sino también cumplía una función en sus ambiciosas miras en el espacio internacional. En concreto, la administración estadounidense era renuente a intervenir militarmente en Siria después de los fracasos de Afganistán, Irak y

---

<sup>60</sup> SPUTNYK, “Five reasons why Russia needs a military base in Syrian Tartus”, *Sputnik*, 11 October 2016, disponible en <https://sputniknews.com/politics/201610111046207689-russian-base-syria-tartus/>

<sup>61</sup> NUÑEZ VILLAVARDE, J., “Rusia apuesta por Al Assad”, *Esglobal*, 7 de octubre de 2015, disponible en <https://www.esglobal.org/rusia-apuesta-por-el-assad/>

<sup>62</sup> BUTTER, D., “Russia’s Syria Intervention is Not All About Gas”, *Carnegie Endowment Center for International Peace*, 19 November 2015, disponible en <http://carnegieendowment.org/sada/62036>

<sup>63</sup> ORENSTEIN, M., y ROMER, G., “Putin’s Gas Attack. Is Russia just in Syria for the Pipelines?”, *Foreign Affairs*, 14 May 2015, disponible en <https://www.foreignaffairs.com/articles/syria/2015-10-14/putins-gas-attack>

más recientemente Libia, como reconocía el propio Obama<sup>64</sup>. En consecuencia, Estados Unidos no podía seguir ignorando la perspectiva e intereses de Rusia en Siria. Por el contrario, Washington estaba obligado a tratar con Moscú en condiciones más equánimes, en las que tomaba en consideración su aproximación a la crisis siria y sus iniciativas diplomáticas para alcanzar algún tipo de acuerdo encaminado hacia la pacificación del conflicto. Ejemplo de ello han sido los diferentes ceses parciales del fuego, la mediación para el desarme químico sirio y el copatrocinio de las frustradas conferencias de Ginebra en 2012, 2014 y 2016. Sin olvidar el protagonismo cobrado por Rusia, Turquía e Irán en las más recientes rondas de Astaná.

La tensión y pautas de comportamiento registradas entre Washington y Moscú parecían recordar un paisaje más propio de la Guerra Fría y del sistema bipolar, con algunas reminiscencias de la desaparecida superpotencia soviética encarnadas ahora por Rusia. Su intervención militar en Siria, en un momento crucial para la supervivencia del régimen por sus continuos retrocesos en favor de las fuerzas rebeldes, señaló un indudable punto de inflexión en la evolución del conflicto. Bajo la cobertura de combatir el terrorismo, la aviación rusa centró, sin embargo, la mayoría de sus bombardeos no tanto en las posiciones de Dáesh como en las de las heterogéneas fuerzas rebeldes que integran la oposición gubernamental, apoyadas a su vez por diferentes potencias regionales e internacionales.

En esta misma línea, la percepción de que Estados Unidos había retrocedido en poder e influencia en la región también ha sido un importante acicate para la reafirmación rusa; y, no menos, para otras potencias regionales e incluso para las aliadas de Washington, movilizadas ante lo que percibían y criticaban como dejación de la administración Obama en Siria. En esta competición de poder, Rusia consideraba que no podía ausentarse de una región que, si bien no es limítrofe, es contigua con el espacio postsoviético o su tradicional área de influencia, que puede verse igualmente afectada por la inestabilidad regional y la mencionada emergencia de amenazas de carácter transnacional como el terrorismo yihadista. No menos importante en este contexto es la rivalidad rusa con otras potencias regionales como Turquía y los recelos hacia las petromonarquías del Golfo, con una apuesta en Siria que recuerda a la que en el pasado realizaron algunas en el Cáucaso norte, en particular, en Chechenia. Desde esta óptica, Siria era un muro de contención para Rusia.

La baza estratégica jugada por Rusia en Siria también ha sido vista, en no pocos análisis y opiniones, como una moneda de cambio ante el conflicto que sostienen con el Gobierno de Kiev en el este de Ucrania. Pero tampoco parece ser una razón de peso o decisiva, ni Moscú ha explicitado ni insinuado su disposición a facilitar una salida en el conflicto sirio a cambio de que Washington y Bruselas retiren las sanciones económicas impuestas. Si bien esto no descarta que en el futuro Rusia pueda adoptar una iniciativa en este sentido, como sostienen algunos analistas: Moscú podría esperar que la cooperación con Estados Unidos en Siria disminuya el grado de confrontación con Ucrania, según Dmitry

---

<sup>64</sup> Que afirmaba que de no existir esos precedentes, su política exterior hubiera asumido más riesgos en Siria, véase entrevista realizada por GOLDBERG, J., *op. cit.*

TRENIN; y que en esta misma dirección, advierte DE PEDRO, se amplíe el futuro marco de negociación incluyendo a Ucrania-Crimea<sup>65</sup>.

Unido a este conjunto de razones agrupadas en el ámbito internacional, nacional y regional –o local–, resulta igualmente pertinente preguntarse si Rusia ha cumplido los objetivos trazados en su apoyo e involucración militar en el conflicto sirio. Pese a que esta crisis todavía no ha concluido de manera definitiva, la respuesta parece ser afirmativa, al menos en líneas generales. Primero, Moscú ha logrado la supervivencia del régimen sirio mediante su apoyo político, diplomático, económico y, en particular, militar. Sin su decisivo respaldo, junto al de Irán, Hezbolá y otras milicias chiíes, el Gobierno de al Assad hubiera sucumbido hace tiempo. Por consiguiente, Rusia conserva sus bases militares en Siria y, también, las perspectivas de explotar los recursos de hidrocarburos localizados en el mar territorial sirio. Vinculada a la supervivencia del régimen sirio, junto a otras alianzas regionales como la sostenida con Irán, la diplomacia rusa mantiene cierta presencia en Oriente Medio e incluso parece ganar una mayor influencia de la que tenía hasta ahora.

El nuevo rol de Rusia en Oriente Medio se manifiesta en numerosos ejemplos que parecían inimaginables hasta hace unos pocos años atrás. Entonces, la mayoría de los dirigentes de la región visitaban Washington sin necesidad de una audiencia similar en Moscú. Sin embargo, la capital rusa se ha convertido en una parada casi obligatoria para esos mismos dirigentes. Sirva de ejemplo la primera visita de un monarca saudí a Moscú en octubre de 2017<sup>66</sup> o las cuatro reuniones sostenidas entre Netanyahu y Putin en menos de un año<sup>67</sup>. Sin olvidar cómo se ha pasado de la confrontación con Turquía a propósito del conflicto sirio a su creciente neutralización e incluso acercamiento para impulsar, conjuntamente con Irán, las conversaciones de Astaná para la pacificación de Siria; o bien la creciente mediación de la diplomacia rusa en Libia; además del incremento de las relaciones bilaterales con el Egipto de Al Sisi.

Segundo, al impedir la caída definitiva del régimen, también ha evitado el triunfo de la amalgama de fuerzas rebeldes, entre las que las opciones más radicalizadas y de corte yihadista poseían una mayor fortaleza que las más moderadas y de tendencias más seculares. Por tanto, al menos teóricamente, ha soslayado un panorama no menos incierto y de mayor caos aún, si cabe, de rivalidad y enfrentamiento entre las diferentes milicias como ha sucedido en no pocas ocasiones en las zonas rebeldes sirias y en otros conflictos

---

<sup>65</sup> DE PEDRO, N., “Rusia en Siria, ¿la vista puesta en Ucrania y en Europa?”, *Opinión CIDOB*, nº 351, 2015, disponible en

[https://www.cidob.org/publicaciones/serie\\_de\\_publicacion/opinion/europa/rusia\\_en\\_siria\\_la\\_vista\\_puesta\\_en\\_ukrania\\_y\\_europa](https://www.cidob.org/publicaciones/serie_de_publicacion/opinion/europa/rusia_en_siria_la_vista_puesta_en_ukrania_y_europa); y TRENIN, D., “Like It or Not, America and Russia Need to Cooperate in Syria”, *The National Interest*, 17 September 2015, disponible en

<http://nationalinterest.org/feature/it-or-not-america-russia-need-cooperate-syria-13863>

<sup>66</sup> WINTOUR, P., “Saudi king’s visit to Russia heralds shift in global power structures”, *The Guardian*, 5 October 2017, en <https://www.theguardian.com/world/2017/oct/05/saudi-russia-visit-putin-oil-middle-east>

<sup>67</sup> AHREN, R., “Netanyahu heads to Moscow for fourth Putin parley in a year”, *The Times of Israel*, 6 June 2016, disponible en <https://www.timesofisrael.com/netanyahu-heads-to-moscow-for-fourth-putin-parley-in-a-year/>

como el de Libia. Desde esta óptica, contener la potencial expansión yihadista era una tarea que concernía a su seguridad nacional y que, de momento, ha podido salvaguardar.

Tercero, Rusia ha contribuido igualmente a mantener el actual *statu quo* político regional y, en particular, el refuerzo del autoritarismo experimentado después de ser abortadas violentamente las expectativas de cambio y avance de las revueltas árabes. A semejanza de Estados Unidos y otras grandes potencias occidentales, Rusia ha priorizado la estabilidad regional asentada en la injusticia y la tiranía por encima de la incertidumbre y los riesgos que implica la apertura de los sistemas políticos árabes. Pero a diferencia de Washington y otros países europeos, Rusia no acompaña su política exterior de un discurso y programa sobre la promoción de la democracia; por el contrario, la detesta por considerarla un instrumento de influencia estadounidense e inviable fuera del mundo occidental; además de apostar, sin ningún tipo de complejos, por gobiernos fuertes y autoritarios, al igual que China<sup>68</sup>. De hecho, temía que el potencial triunfo de las revueltas prodemocráticas en el entorno árabe fuera un ejemplo inquietante dentro de su propias fronteras como en las de sus áreas colindantes.

Cuarto, Moscú se ha convertido en un actor clave para resolver la crisis siria y, en consecuencia, no se puede ignorar sus criterios e influencia. Con este reconocimiento, explícito o implícito, Rusia ha visto elevada su estatura política en Oriente Medio y, por extensión, en el sistema internacional. De un lado, la visión rusa del conflicto ha tenido que ser tomada en consideración y, también, su diplomacia para la resolución del mismo; y, de otro lado, Moscú ha logrado sortear su aislamiento internacional tras la anexión de Crimea en 2014. Por lo que podría afirmarse que, ante la criticada dejación de la administración de Obama en Siria, Rusia ha recobrado un inusitado protagonismo en Oriente Medio, desplazando –en este caso– el de Estados Unidos.

A su vez, esta renuencia estadounidense a intervenir en Siria de manera más contundente ha sido aprovechada por la sagaz diplomacia rusa. De este modo, Rusia ha jugado sus cartas presentándose como un actor garante de la seguridad y la estabilidad en Oriente Medio. Lejos de veleidades democráticas y de poner en riesgo o alterar su *statu quo*, apuesta por mantener la estabilidad del actual orden regional, con gobiernos fuertes y autoritarios, sin cabida para la oposición o la disidencia, ni experimentos de ingeniería social desestabilizadores y, aún menos, abandonar a los regímenes aliados a su propia suerte. Paralelamente, también se muestra como un actor igualmente imprescindible para contrapesar el predominio geoestratégico estadounidense e incluso complementar sus limitaciones o deficiencias en la región, reafirmando con ese rol en Oriente Medio su condición de potencia mundial.

Pese a los citados logros de la intervención rusa en Siria, conviene no perder de vista sus previsibles costes y riesgos. Si bien a corto y medio plazo su presencia es innegable e

---

<sup>68</sup> Véase PUDDINGTON, A., *Breaking Down Democracy: Goals, Strategies, and Methods of Modern Authoritarians*, Freedom House, 2017, <https://freedomhouse.org/report/special-reports/breaking-down-democracy-goals-strategies-and-methods-modern-authoritarians>

incluso resulta imprescindible para la pacificación de Siria, no es menos cierto que el balance de su papel varía desde la aceptación, las reservas o el abierto rechazo. En el ámbito regional, Rusia es percibida a semejanza de otras grandes potencias, que intervienen en la región para salvaguardar principalmente sus intereses geoestratégicos y económicos, despreciando los derechos y aspiraciones de libertad y justicia de la sociedades árabes. En el caso concreto de Siria, se corresponsabiliza a Rusia por no frenar la enorme catástrofe humanitaria provocada, que se ha cobrado medio millón de muertos. Mientras que el número de desplazados forzosos ascendían a 11 millones, de los 6,3 son desplazados internos y 4,8 refugiados en otros países, según datos de la Agencia para los Refugiados de Naciones Unidas (ACNUR) a finales de 2016<sup>69</sup>. Del mismo modo que se responsabiliza a Moscú de permitir y ejecutar bombardeos indiscriminados sobre diferentes poblaciones sin tener en cuenta la presencia de civiles; además de utilizar armamento prohibido por la legislación internacional como gases químicos o bombas de racimo. Con el propósito de acabar con los rebeldes, se ha castigado hasta lo indecible a la población civil, que permanecía rehén e incluso era blanco de unos y otros, con la destrucción de barrios enteros y el asedio durante meses, sin permitir la entrada de alimentos, medicinas, ayuda humanitaria, agravando esta situación de emergencia con el corte del suministro eléctrico y de agua.

La influencia ganada en el panorama mundial y regional no necesariamente implica su buscado reconocimiento o aceptación definitiva en el selecto club de las grandes potencias, por cuanto sus relaciones con Estados Unidos y la Unión Europea continúan siendo muy complicadas. Sin olvidar la vigencia de las sanciones económicas impuestas en 2014, pese a que su intervención en Siria logró desviar a Ucrania del foco principal de atención en sus relaciones con Washington y Bruselas. Dicho esto, no es menos cierto que la condición de poder mundial no deriva de su eventual reconocimiento y aceptación, aunque facilitaría su ejercicio en esos términos.

Del mismo modo, la escenificación del regreso de Moscú a Oriente Medio es innegable, así como su creciente poder e influencia que, conviene recordar, ha ido en paralelo a cierto repliegue y debilidad de la posición estadounidense en la región. Un ejemplo elocuente es que frente a la renuencia de Estados Unidos a intervenir en contra del régimen de al Assad en Siria en el 2013, la misma diplomacia rusa que entonces facilitó a la administración Obama una salida a sus vertidas amenazas –si se rebasaba la línea roja del uso de armamento químico–, se activó militarmente con una intervención en dirección contraria, esto es, para mantener en el poder al tambaleante régimen de al Assad.

Es prematuro advertir si este retorno de Rusia a Oriente Medio será meramente coyuntural, con una presencia tan efímera como la que tuvo la Unión Soviética o bien, por el contrario, si se prolongará durante un tiempo más significativo a lo largo de las próximas décadas. Se trata de una pregunta abierta, sin una respuesta convincente por lo numerosos factores y actores que entrarían en juego, con todas sus posibles combinaciones, desde la cooperación al enfrentamiento; además de las alianzas

---

<sup>69</sup> ACNUR, “Tendencias globales. Desplazamiento forzado en 2016”, disponible en <http://www.acnur.es/PDF/Tendencias2016.pdf>

cambiantes. La tendencia que, de momento, parece más segura es que, como otras potencias mundiales, Rusia persigue sus propios intereses nacionales en la región, apostando por regímenes fuertes –dictatoriales– y el *statu quo* –estabilidad–. Semejante comportamiento no dista mucho del practicado por Estados Unidos desde que alcanzara su predominio regional después de la Segunda Guerra Mundial. En ambos casos, las intervenciones nunca han estado conducidas por una verdadera búsqueda de la seguridad humana, asentada en la justicia, el respeto a los derechos humanos, la dignidad y las libertades. Sin lograr, por tanto, conseguir una paz estable, justa y duradera en esta castigada región. En conclusión, es de temer que las bases en las que se asienta esta supuesta estabilidad son tan endeble y contraproducentes que, como viene sucediendo durante las últimas décadas, podrían provocar a medio y largo plazo el efecto contrario al buscado o deseado.